

artelka

**COOPERATIVISMO:
EL FERROCARRIL
SIN DESTINO**

GEDAR

— El cooperativismo puede cumplir un papel determinante en tanto que une a los trabajadores en una empresa común, pero se haya definitivamente delimitado por los márgenes capitalistas. Primero porque esa cooperación nace ya como cooperación para producir capital, y segundo porque la propia unidad subjetiva de los trabajadores en esa empresa común depende de la producción cuantitativa del beneficio económico, esto es, su potencia como sujeto organizado está absolutamente acotada por la potencia productiva del capital. Por lo tanto, la cooperación nace para producir capital y la producción del capital pone la potencia subjetiva de la cooperación como su propia condición de existencia.

Contenido

6

10

26

42

54

EDITORIAL

Arteka

**Los límites de la
cooperación obrera
capitalista**

REPORTAJE

Jose Castillo

**Corporación Mondragón:
las sombras de la
joya de la corona del
cooperativismo vasco**

**COYUNTURA
POLÍTICA**

Martin Goitiandia

**Intenciones perdidas
en aguas oscuras**

REPORTAJE

Arteka

**Las cooperativas, del
utopismo de la clase obrera
reformista al seno de la
oligarquía**

REPORTAJE

Kiara Angulo

**De cuando los claveles
tomaron las calles
de Portugal**

Los límites de la cooperación obrera capitalista

Editorial

Los conflictos ocurridos meses atrás en la Cooperativa Mondragon causaron revuelo. En aquella ocasión, dos empresas abandonaron la Cooperativa, Ulma y Orona, alegando la falta de autonomía que la Cooperativa les ofrecía. Según esas empresas, los principios democráticos propios del cooperativismo se rompieron por la intervención continuada de una dirección centralizada. Sin embargo, los defensores de la Cooperativa acusaron a los miembros de Ulma y Orona de haber sido ellos quienes habían roto esos principios. Ya que entre ellos se encuentran la solidaridad y la ayuda mutua, que solo se puede garantizar mediante una dirección unificada.

En ese conflicto, sin embargo, ha estado en juego algo más que mantener viva la Cooperativa. Atendiendo a los debates y a lo achacado mutuamente, el cooperativismo ha sido el tema de debate, aunque explícitamente no se haya discutido demasiado sobre él. Han hablado de principios y de ética, de valores que conducen a la cooperación y de la ruptura de los mismos, sin darse cuenta de que la realidad, la crisis que había explotado en ese momento, más que la viabilidad de sus empresas, estaba golpeando la ideología superpuesta a esa viabilidad.

El cooperativismo es más que cooperación económica. Aunque básicamente trata de la forma de articular de una empresa, ésta no es una simple organización técnico-productiva inerte. La empresa define unos objetivos que deben llevarse a cabo bajo unos principios. Las cooperativas también lo hacen, pero en sus orígenes construyen esta empresa con la intención de destinarla no solo al beneficio económico sino también al beneficio socio-cultural. Es decir, los cooperativistas no solo quieren vender una actividad económica, sino también llevar a cabo una intervención social. Tienen una política, con sus principios ideológicos.

La intervención social no les diferencia especialmente de cualquier otro tipo de empresa. Es sabido que todas llevan a cabo una intervención social. Las cooperativas, sin embargo, venden esta intervención y, además, conciben su práctica como acción transformadora. Al fin y al cabo, en la sociedad capitalista, tras una nueva forma de hacer las cosas se encuentra un mecanismo de marketing, con el objetivo de vender mercancías. Es decir, la propia vocación de intervención social se convierte en mercancía.

Los cooperativistas no solo quieren vender una actividad económica, sino también llevar a cabo una intervención social. Tienen una política, con sus principios ideológicos

Con la crisis de la Cooperativa Mondragon, eso es lo que ha quedado patente. La esterilidad de los debates abiertos con la intención de centrarse en los principios del cooperativismo ha dejado al descubierto la verdadera cara de las empresas cooperativas. Los dos bandos del debate se han acusado mutuamente de haber roto los principios del cooperativismo, pero son estos principios los que no se corresponden con la realidad. Es decir, el principio cooperativista que se han querido hacer creer mutuamente no reside en ningún valor ético superior. Por el contrario, el principio cooperativista es un artilugio ideológico adherido a la práctica capitalista de producción, con el fin de endulzarla, y ahora ha chocado con su verdadera función.

No hay ruptura de ningún principio en la disolución de la Cooperativa, porque les ha dividido el mismo principio que les unió: aumentar los beneficios económicos y apoyarse mutuamente en ese camino, mientras fuera beneficioso para todos. Porque nadie se une al movimiento cooperativista si éste no le va a dar beneficios económicos; y porque nadie va a seguir siendo cooperativista si eso le supone una pérdida económica.

La crisis del cooperativismo no es, por lo tanto, una simple crisis del beneficio económico. Eso no diferenciaría esa crisis de la de cualquier otra empresa. La crisis del cooperativismo es una crisis de sus principios y de su justificación ideológica, así como de su práctica política, que deja una lección evidente: la cooperación obrera, en el seno de la empresa capitalista, tiene límites y esos límites son límites del modo de producción capitalista.

Esto no quiere decir que la cooperación entre los trabajadores, en el sistema capitalista, no ofrezca beneficios. Esto quiere decir que la pintura ideológica que dan a esa cooperación entre trabajadores es errónea, y eso es lo que hace equivocada la cooperación y sus objetivos. Porque, efectivamente, los objetivos políticos que subyacen a la cooperación de los trabajadores en la empresa capitalista son los que determinan la función que cumple esa cooperación en el modo de producción imperante: la simple supervivencia de algunos junto con el enriquecimiento de unos pocos cooperativistas, o la instrumentalización del beneficio productivo en favor de la organización comunista.

El cooperativismo puede cumplir un papel determinante en tanto que une a los trabajadores en una empresa común, pero se haya definitivamente delimitado por los márgenes capitalistas. Primero porque esa cooperación nace ya como cooperación para producir capital, y segundo porque la propia unidad subjetiva de los trabajadores en esa empresa común depende de la producción cuantitativa del beneficio económico, esto es, su potencia como sujeto organizado está absolutamente acotada por la potencia productiva del capital. Por lo tanto, la cooperación nace para producir capital y la producción del capital pone la potencia subjetiva de la cooperación como su propia condición de existencia. Esa capacidad subjetiva, además, no es simple expresión de la objetividad social; no es una mera confirmación de la viabilidad de la producción capitalista, sino que además es determinante en tanto que producir capital no solo es reproducción material de las condiciones de producción, sino que reproducción de la subjetividad que busca maximizar beneficios, y esa es la verdadera subjetividad capitalista.

El principio cooperativista que se han querido hacer creer mutuamente no reside en ningún valor ético superior. Por el contrario, el principio cooperativista es un artilugio ideológico adherido a la práctica capitalista de producción, con el fin de endulzarla, y ahora ha chocado con su verdadera función

Desde la perspectiva de la izquierda, el declive de la Cooperativa Mondragon puede explicarse con la pérdida de su adhesión local. Es decir, las diferentes perspectivas de izquierdas asocian la decadencia de esta cooperativa, y con ella la traición al cooperativismo, al afán de expansión de la cooperativa y del cooperativismo

Bajo la forma de producción del capital, el sujeto de la cooperación obrera no es la clase obrera que se ha organizado conscientemente y por voluntad propia, sino el capital. La colaboración entre los obreros que se da en las cooperativas la establece el capital mismo, como la establece en cualquier otra empresa capitalista. Lo que cambia es la personificación del capital, es decir, cuál es la clase social que desempeña la función de capitalista: la burguesía o la clase obrera. Con ello se difumina la frontera entre las dos clases sociales, por motivo de la estratificación entre los trabajadores que se da en la cooperativa, dividiéndose entre cooperativistas y no cooperativistas e incluso diferenciando distintos niveles de cooperativistas.

Quienes no aceptan las limitaciones inherentes al cooperativismo encuentran las condiciones de la cooperación en lo local y en lo pequeño. Porque el cooperativismo, más allá de la cooperación, como ideología política se basa en valores morales. Desde la perspectiva de la izquierda, el declive de la Cooperativa Mondragon puede explicarse con la pérdida de su adhesión local. Es decir, las diferentes perspectivas de izquierdas asocian la decadencia de esta cooperativa, y con ella la traición al cooperativismo, al afán de expansión de la cooperativa y del cooperativismo.

La contradicción es evidente: los que vienen a cambiar el mundo mediante el cooperativismo y sus agregados (economía social transformadora...), están diciendo que la razón de no cambiar el mundo es cambiar el mundo. Según ellos, hay que crear empresas pequeñas y cercanas, influir en nuestro espacio reducido... Esto es, el mejor camino para cambiar el mundo es no cambiar el mundo. Esa es la posición política de la izquierda frente al fracaso del cooperativismo. ●

Corporación Mondragón: **las sombras de la joya de la corona del cooperativismo vasco**

Texto — **Jose Castillo**

Imagen — **Hasier Larrea**

Sin duda, hablar de la Corporación Cooperativa Mondragón es hablar de uno de los modelos industriales con más arraigo y trayectoria durante la etapa industrializadora vasca y que, a día de hoy, ha dado el salto al capitalismo de las finanzas y del conocimiento. Si bien, su principal particularidad reside en la apuesta por lo que quería ser un modelo de «capitalismo democrático», basado en la democracia interna de los trabajadores sobre cierto control de los procesos productivos y las ganancias empresariales.

Sin embargo, este modelo se basó siempre en el desarrollo desigual auspiciado por las relaciones sociales capitalistas a nivel global, que hacen a Euskal Herria y a la cuenca del río Deba en particular un polo de acumulación de capital privilegiado, pero que basa su preponderancia en la mayor explotación de otras regiones periféricas globales. Asimismo, el ejemplo cooperativista vasco encuentra su límite en la propia competencia entre los distintos capitales, reduciéndose la participación de los socios cooperativistas en las ganancias y socializando las pérdidas en épocas de crisis, tal y como demostró la quiebra de Fagor en el año 2013.

La apuesta por el cooperativismo encuentra sus raíces en el pensamiento de los socialistas utópicos del siglo XIX, queriendo instaurar ciertas unidades productivas y de consumo basadas en la democracia interna entre trabajadores y capitalistas, así el modelo de falansterios del socialista utópico Charles Fourier es un modelo clásico del proyecto cooperativista. Pero el modelo pronto sería cooptado por otros proyectos que no buscaban crear una especie de «islas dentro del sistema», sino que entendiendo que la producción capitalista necesitaba de cierta cooperación de sus propios trabajadores, intentaban abrir vías a la participación en la gestión de empresa a los empleados para así ganar en competitividad.

Este proyecto con visos igualitarios ha generado múltiples experiencias a lo largo y ancho del planeta, incluso la extinta República Federativa Socialista de Yugoslavia basaba su modelo económico en un modelo cooperativo, en clara oposición al modelo de propiedad estatal de la URSS. Sin embargo, nos resulta interesante analizar la experiencia cooperativista de Mondragón, no solo por ser unos de los pilares que consolidaron la creación y mantenimiento de una clase media vasca durante el desarrollo industrial de Euskal Herria, sino porque para el proyecto nacionalista vasco de clases medias, representado en su ala conservadora por el PNV y en la progresista por EH Bildu, el modelo cooperativo de Mondragón representa una especie de esencia industrial vasca. Un proyecto que demuestra que los vascos tenemos en nuestro ADN otra manera de hacer empresa basada en visiones solidarias y el llamado «auzolan».

El objetivo de este texto es efectuar un recorrido crítico de la historia de la Corporación Mondragón para entenderla en su contexto geoeconómico concreto y a qué desarrollo de acumulación capitalista pertenece, para así desmentir las visiones nacionalistas

basadas en una visión apologética de los «socialmente comprometidos» capitalistas vascos. En resumen, la experiencia cooperativista de Mondragón basa su éxito, entendido este en cierta participación de los trabajadores en los procesos productivos y cierta elevación salarial, en la ubicación de centro-imperialista que corresponde a Euskal Herria y en los mecanismos que la Corporación tiene para eliminar ciertos procesos propiamente cooperativistas en épocas de crisis capitalista.

LOS LÍMITES DEL COOPERATIVISMO

Antes de entrar en el caso expreso de las cooperativas del Grupo Mondragón, se debe realizar un breve repaso teórico desde la óptica de la crítica de la economía política a los procesos de competencia y de desarrollo geográfico desigual para entender la condición de posibilidad y límites de las experiencias cooperativistas.

Resulta interesante analizar la experiencia cooperativista de Mondragón, no solo por ser unos de los pilares que consolidaron la creación y mantenimiento de una clase media vasca durante el desarrollo industrial de Euskal Herria, sino porque para el proyecto nacionalista vasco de clases medias, el modelo cooperativo de Mondragón representa una especie de esencia industrial vasca



Se ha discutido mucho en las distintas escuelas de la geografía política crítica y marxista sobre los conceptos de centro y periferia, incluso dentro de la escuela de los sistemas-mundo, inaugurada por Wallerstein, han existido múltiples definiciones respecto a estos conceptos. En este trabajo de investigación no se usarán dichos conceptos como si fueran meros marcos geográficos o económicos estables. El uso de los términos centro y periferia se referirá a procesos complejos y no a zonas, regiones o estados. Un estado, zona o región se convierte en central o periférica porque en ella predominan los procesos y relaciones de centro o periferia, no por un puro determinismo geográfico.

El espacio por sí mismo no puede tener un carácter de centro o de periferia. El análisis de la economía-mundo capitalista de Wallerstein^[1] se caracterizaba por la división del trabajo en procesos productivos centrales y procesos productivos periféricos, lo que generaba un desarrollo económico asimétrico a favor de los países involucrados en los procesos de centro. Esto significa que la distinción que hace la teoría de los sistemas-mundo es sobre los procesos de producción y no de los estados, es decir, lo que es central o periférico es el proceso productivo. En este sentido, el carácter central o periférico está relacionado con el grado de centralización del proceso productivo en ciertos estados, por lo que el estado o la región dentro de ese estado que acaparasen una mayor proporción de procesos productivos centrales se verán beneficiados. Todo basándose en que la mayor presencia de procesos productivos complejos repercutiría en unos mayores ingresos de dicho estado vía exportaciones y un poder mayor de financiación.

Una cooperativa no funcionará de la misma manera en Euskal Herria que en Uganda, ya que en la primera ubicación existen las condiciones sistémicas para que cierto proceso de acumulación capitalista (mano de obra cualificada, apuesta institucional por el desarrollo industrial, integración en un mercado supranacional como el europeo etc.) sea triunfante, en su modelo cooperativo o de capitalismo puramente privado

Siguiendo las tesis del geógrafo marxista David Harvey^[2], la ventaja en la localización debería ser considerada, al igual que la innovación tecnológica, como una fuente de valor de plusvalía relativa. Los capitalistas individuales son perpetuamente empujados a buscar las ubicaciones más ventajosas, igual que los capitalistas actuando en su forma de cooperativa. Ya que las cooperativas no pueden desligarse del marco del mercado mundial capitalista, las cooperativas basan su modelo de distribución más democrático en la ubicación geográfica central en la escala del capitalismo mundial. Una cooperativa no funcionará de la misma manera en Euskal Herria que en Uganda, ya que en la primera ubicación existen las condiciones sistémicas para que cierto proceso de acumulación capitalista (mano de obra cualificada, apuesta institucional por el desarrollo industrial, integración en un mercado supranacional como el europeo etc.) sea triunfante, en su modelo cooperativo o de capitalismo puramente privado.

En segundo lugar, el modelo cooperativo encuentra sus límites en la propia dinámica del sistema capitalista y en las condiciones de su mercado, regulado nacional e internacionalmente. Por ejemplo, como veremos más adelante, las cooperativas de Mondragón, y en especial el Grupo Fagor, crecieron bajo el amparo de la regulación económica del régimen franquista, que regulaba el crédito y las concesiones empresariales hacia sus proyectos. Actualmente, la generalización de las cadenas de valor y mercantiles capitalistas a nivel global dejan cada vez menos espacio a las experimentaciones de la gestión autónoma al margen del sistema, cosa, por otra parte, que Mondragón nunca tuvo entre sus objetivos.

Pero es que el margen no es estrecho solamente para las cooperativas con objetivos de autogestión obrera real, es que el propio modelo de *coopitalismo* propuesto por Mondragón sucumbe ante la mayor internacionalización e interconexión de las crisis capitalistas, como pasó con Fagor tras el estallido de la crisis financiera del 2008. Por tanto, incluso las cooperativas que claman por el control democrático y redistribución de la riqueza



producida se ven en la obligación de llevar a cabo prácticas tales como la externalización de procesos productivos a empresas con empleados peor pagados y que no son socios cooperativos o la deslocalización directa hacia regiones de menor coste de la mano de obra. En definitiva, se impone por férrea necesidad lo que el autor marxista francés Daniel Bensaïd^[3] denominaba como *realismo gestor*, el deber terminar gestionando igual que las demás empresas capitalistas para mantener la rentabilidad.

MONDRAGÓN: DEL FRANQUISMO A LA INTERNACIONALIZACIÓN

Los inicios de la experiencia cooperativa de Mondragón se sitúan a mediados de la década de 1950, en el final de la época autárquica franquista. El proyecto Mondragón se inició en el año 1955 en Gasteiz, cuando cinco jóvenes trabajadores compraron un pequeño taller de construcción de aparatos domésticos, empezando a producir cocinas y maquinaria electrodoméstica. La empresa se denominó ULGOR, embrión de Fagor, y en el año 1956 se instaló ya en la propia Mondragón. Estos jóvenes eran trabajadores de la empresa Unión Cerrajera y habían recibido las enseñanzas morales y sociales del clérigo Jose Mari Arizmendiarieta.

El propio modelo de coopitalismo propuesto por Mondragón sucumbe ante la mayor internacionalización e interconexión de las crisis capitalistas, como pasó con Fagor tras el estallido de la crisis financiera del 2008



La autarquía económica en la que vivía el Estado español fue un factor determinante del rápido crecimiento logrado por las cooperativas, favorecidas por las condiciones económicas internas, caracterizadas por un mercado cerrado al exterior, el cual absorbía todo lo que la maquinaria productiva pudiera ofertar. Estas ventas al mercado interno español estaban favorecidas por la política industrial del régimen franquista, que apostaba claramente por las provincias vascas como motor de la reindustrialización de postguerra. Además, el mismo régimen no vio un riesgo político en el proyecto cooperativo propuesto por Arizmendiarieta.

En este sentido, el propio fundador del pensamiento cooperativo de Mondragón dejó claro que su proyecto poco o nada tenía que ver con el socialismo o con un vuelco total de las relaciones de producción capitalistas. Arizmendiarieta asumía la mayor eficiencia organizacional y social del capitalismo, por lo tanto, en sus palabras, el cooperativismo debía «asumir sus métodos y resortes con la limitación de ciertos valores humanos»^[4]. Así, podemos asemejar el pensamiento de Arizmendiarieta al de la democracia cristiana clásica, y por eso mismo el régimen no vio ningún riesgo de carácter socialista u obrerista en el proyecto cooperativo de Mondragón. Así lo admitía el que fuese uno de los directores históricos del Grupo Fagor, Javier Salaberria, en una entrevista: «El Estado franquista también nos ayudó, porque nos permitió emprender la acumulación primitiva de capital, copiar la tecnología de otros y luego innovar»^[5].

El grupo cooperativo tuvo un impresionante crecimiento a la par que la economía española se liberalizaba a partir de la elaboración del Plan de Estabilización Económica (1959-1961) impulsado por los miembros del Opus Dei incorporados al Gobierno en sustitución de miembros falangistas. El primer empujón fue el del mercado interno, pero para cuando la economía española comenzó su liberalización, las

La Corporación Mondragón está formada actualmente por más de 240 empresas, de las que realmente 83 son las que funcionan como cooperativas, y a finales de 2020 contaba con un total de 79.931 trabajadores y trabajadoras, de los que los socios cooperativos son en torno al 50 %

cooperativas de Mondragón centradas en la máquina-herramienta y aparatos de cocina ya tenían una posición privilegiada, y para 1970 ya existían 41 cooperativas con más de 8.000 trabajadores. Para ese mismo año, el conjunto de las empresas cooperativas alcanzó un nivel de ventas de 7.059 millones de pesetas, de las cuales algo más del 11 % correspondía a exportaciones.

En paralelo, el cooperativismo pronto dio el salto a las finanzas como resorte que impulsará la acumulación de capital e inversión de las que dependía el modelo cooperativo de la cuenca del Alto Deba. La entidad financiera Laboral Kutxa y la entidad de previsión social Lagun Aro se fundaron en 1959, y para 1970, los recursos intermedios por Caja Laboral ascendían a 3.204 millones de pesetas y el fondo patrimonial de Lagun Aro reunía otros 147 millones.

Durante todo el desarrollo de las cooperativas de Mondragón, el modelo fue el de mantener ciertas asambleas y gran parte de los trabajadores con derecho a voto, pero con direcciones fuertes y semiautónomas de las asam-

bleas de trabajadores. Pero en cuanto la crisis de la década de los ochenta golpeó la industria de Mondragón, el modelo de cooperativas se centralizó todavía más, acercándose más al de una empresa al uso. En Mondragón desde el principio dominaron las típicas relaciones de carácter autoritario-paternalista, donde imperaban las lógicas tayloristas y los modos de producción fordistas.

El gran avance social que supuso Mondragón fue la relativamente equitativa redistribución salarial y el rango de salarios altos que contribuyó a la formación de una clase media industrial vasca. Pero con el tiempo, el rango salarial que existía entre trabajadores y directivos fue también aumentando. Si en el comienzo de la experiencia cooperativa la diferencia salarial entre trabajadores y directivos no podía ser superior a una escala de 1 a 3, actualmente la diferencia es de 1 a 12,5. Esa brecha salarial es ya pareja a la de muchas empresas capitalistas, donde los beneficios de los directivos multiplican por más de diez los salarios medios de los trabajadores.



La mayoría de plantas con las que cuenta Mondragón en el extranjero son subsidiarias y filiales de los procesos industriales locales, lo que ha hecho alargar su cadena mercantil de valor, una realidad típica del capitalismo actual

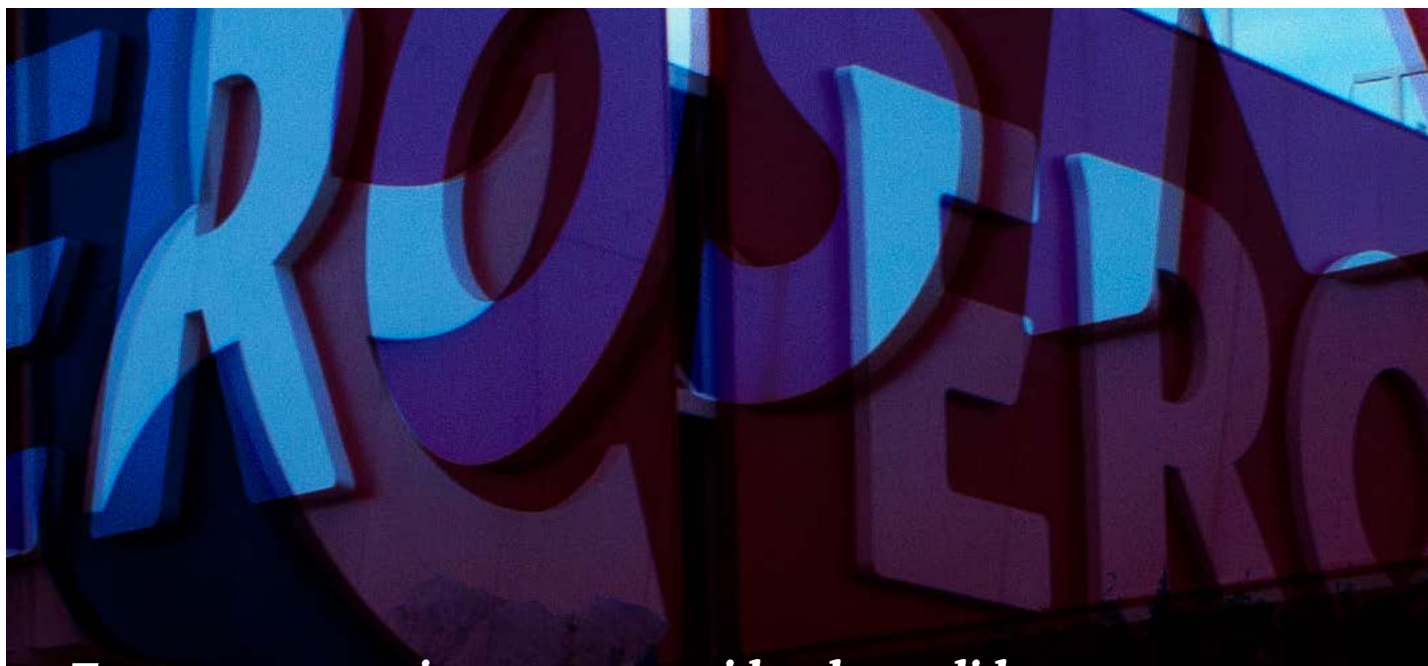
En la actualidad, la Corporación Mondragón es ya el primer grupo empresarial de la Comunidad Autónoma Vasca, suponiendo un 12 % de su PIB, y el décimo grupo por peso económico del Estado español. La Corporación Mondragón está formada actualmente por más de 240 empresas, de las que realmente 83 son las que funcionan como cooperativas, y a finales de 2020 contaba con un total de 79.931 trabajadores y trabajadoras, de los que los socios cooperativos son en torno al 50 %. Pese a que la corporación aún tiene su rama más importante en la industria, está de lleno involucrada en el mundo de las finanzas, vía Caja Laboral; en el de la distribución, vía Eroski; y en el de la educación mediante su propia universidad privada de Mondragón. Esta última es la universidad privada que, en proporción, más financiación pública recibe de todo el Estado español.

COOPERATIVISMO EN CASA, EXPLOTACIÓN FUERA

En la actualidad, un tercio de las ventas de la Corporación Mondragón se producen en el exterior, donde esta emplea a más de 10.304 personas en 80 centros repartidos por todo el mundo. La mayoría de plantas con las que cuenta Mondragón en el extranjero son subsidiarias y filiales de los procesos industriales locales, lo que ha hecho alargar su cadena mercantil de valor, una realidad típica del capitalismo actual.

La actual política de internacionalización de la Corporación Mondragón, que fue establecida en el plan estratégico de los años 2004-2008 bajo la dirigencia de Jesús Catania, se basa en trasladar la producción de productos de menor valor añadido a terceros países de menores costos de trabajo, en una política de deslocalización vía implantaciones fabriles y compra de materias primas y productos semiacabados. Las zonas clave elegidas por la Corporación para incrementar su presencia productiva en el exterior han sido fundamentalmente China, aunque también el Este de Europa, incluida Rusia, México, Brasil e India. Por ejemplo, antes de su quiebra, Fagor producía todas sus ollas a presión en China, país en el que en la actualidad la Corporación Mondragón tiene 20 plantas.

Recordemos, que los trabajadores de las filiales en el extranjero no participan en el capital, el reparto de beneficios, la elección de los órganos de gobierno, ni en la gestión general de la empresa, como sí hacen los socios cooperativistas de la matriz en tierras vascas. Por eso diversos autores hablan del proceso de internacionalización de la Corporación Mondragón como la creación de una estructura «coopitalista», basada en un núcleo donde los valores cooperativos persisten para cierta capa de los trabajadores (matriz) y una periferia puramente capitalista (filiales)^[6].



Tras amasar varios cursos seguidos de pérdidas insalvables y tras recibir de manera irregular una ayuda de 40 millones de euros de dinero público por parte del Gobierno Vasco, la crisis se saldó con la liquidación temporánea de Fagor y su salida a concurso de acreedores en octubre de 2013

El modelo de empresa transnacional al uso queda patente en la vulneración de derechos sindicales y laborales ejercido por la Corporación en sus filiales extranjeras. El caso más paradigmático es el de la planta de Fagor Mastercook en la localidad polaca de Breslavia, donde en el verano de 2008, cinco años antes de la quiebra de la propia Fagor, la filial cooperativa mantenía a más de 2.000 trabajadores cobrando muy por debajo de la media salarial polaca y con intensas jornadas laborales. Esta situación desembocó en una huelga indefinida por parte de los trabajadores, que fue saldada con represión sindical y diversos despidos.

Ante la huelga, la dirección del centro amenazó con deslocalizar su planta a Ucrania, si los trabajadores no se atenían a las condiciones laborales que Fagor exigía, que se encontraban muy lejos de las condiciones que daría a sus socios cooperativistas en tierras vascas. Las multinacionales, como hizo Fagor, operan en Polonia en las «zonas económicas especiales», donde gozan de ayudas públicas, exenciones fiscales y alivios impositivos de miles de euros. Pero estas ventajas no les impiden maximizar sus ganancias mediante una mayor explotación del trabajo y una violación brutal de los derechos laborales y sindicales. Finalmente, y



tras la quiebra de Fagor, la Corporación sacó su planta polaca a subasta en el año 2014 por un valor de más de 60 millones de euros. La deslocalización y explotación no impidieron la quiebra; es el capitalismo (en crisis) amigos y amigas.

FAGOR, O LA QUIEBRA DEL MODELO COOPERATIVO

Si bien Fagor mostró una actitud muy alejada de los supuestos valores cooperativistas en sus filiales extranjeras, no fue muy distinto el papel que jugó la dirección tras quiebra del fabricante de electrodomésticos cuando la crisis la llevó al concurso de acreedores. Entonces, sus hasta entonces socios cooperativos asumieron una socialización de las pérdidas y Fagor se hizo con una ingente cantidad de dinero público, cosa que no evitó su quiebra.

El principal problema de Fagor fue justamente el que pretendía ser su solución, la apuesta por la internacionalización de los costes. La apuesta por el dimensionamiento generó una serie de contrapartidas, ya que las exigencias de capital, dadas las fuertes inversiones que exigía esta estrategia, empezaban a chocar con las limitaciones de Fagor para la captación de capitales externos y con los problemas de la cooperativa para generar suficientes reservas. Así, antes incluso de la crisis del 2008, empezaba a ser evidente que no era rentable producir algunas secciones, como lavavajillas, lavadoras y frigoríficos en las plantas vascas.

La expansión de Fagor de finales de los noventa se llevará a cabo, por tanto, sin bases financieras sólidas y, sobre todo, mediante el recurso de la deuda crediticia, lo que marcaría su sentencia tras la crisis del 2008, ya que el crédito se encareció de manera generalizada y todo el sobredimensionamiento de Fagor no era compensado por sus condiciones de menores costes laborales en sus filiales extranjeras. Además, las ansias de grandeza de los propios directivos cooperativos terminaron por

hundir una de las firmas industriales clave sobre la que se sostenía el modelo laboral vasco de clases medias, con la compra en el año 2004 por 162,5 millones de euros de la empresa de electrodomésticos francesa Brandt, una firma de peso similar a la propia Fagor a la hora de su compra, lo que aumentó todavía más la deuda y la necesidad de crédito.

Finalmente, tras amasar varios cursos seguidos de pérdidas insalvables y tras recibir de manera irregular una ayuda de 40 millones de euros de dinero público por parte del Gobierno Vasco, la crisis se saldó con la liquidación temporánea de Fagor y su salida a concurso de acreedores en octubre de 2013. El impacto social de la quiebra de esta cooperativa fue uno de los mayores vividos durante la crisis del euro en Euskal Herria, sin comparación con cualquier otro precedente: la liquidación de la cooperativa con 1.865 socios/as; la pérdida del capital social y demás ahorro invertido por parte de los/as socios/as en forma de aportaciones voluntarias o en forma de préstamos de socios inactivos; la desaparición del ahorro de pequeños inversores ajenos a la cooperativa; y la destrucción del empleo directo e indirecto en la comarca del Deba son, entre otras, las consecuencias más directas ocasionadas por la crisis de esta cooperativa^[7].

Otra crisis en el modelo cooperativo de Mondragón se vivió en el 2020, cuando Araluce, cooperativa perteneciente al grupo Batz con sede en Igorre, que se dedicaba a la fabricación de troqueles para la estampación de piezas metálicas para el sector del automóvil, entró en concurso de acreedores a finales de 2019. El tema se saldó al igual que en el cierre de Fagor con despidos, 135 trabajadores en este caso, y socialización de las pérdidas que anteriormente se supone se gestionaban de una manera cooperativa.

Finalmente, y ya una vez transcurrida la crisis de la pandemia, esta también ha tenido su correlato en la salida de dos de las más importantes firmas

Los socios de Ulma y Orona votaron mayoritariamente por la salida de la Corporación Mondragón, no para dejar de ser cooperativas, sino que para dejar de aportar parte de sus ganancias al fondo común cooperativo de Mondragón. Es decir, se salen porque no quieren financiar mediante sus ganancias a las empresas menos competitivas del Grupo Mondragón

cooperativas del grupo Mondragón: Ulma y Orona. Mondragón pierde así el 15 % de las ventas del grupo, ya que entre las dos empresas salientes suman más de 1.700 millones de facturación, y un 13 % en puestos de trabajo. Pese a las llamadas a la calma por parte de la directiva de Mondragón, la verdad es que la salida de estas dos importantes firmas no supone únicamente un varapalo económico, sino que pone en cuestión el modelo de gestión de las crisis cooperativistas. Ya que los socios de Ulma y Orona votaron mayoritariamente por la salida de la Corporación Mondragón, no para dejar de ser cooperativas, sino que para dejar de aportar parte de sus ganancias al fondo común cooperativo de Mondragón. Es decir, se salen porque no quieren financiar mediante sus ganancias a las empresas menos competitivas del Grupo Mondragón.

CONCLUSIONES

La nueva estrategia adoptada por la socialdemocracia vasca consiste en repetir que se ha abierto una nueva etapa de nekeynesianismo en Europa que permite otro tipo de políticas sociales por las administraciones públicas. El segundo argumento consiste en la necesidad de crear una red de políticas proteccionistas (aunque esto no lo digan abiertamente, es a lo que se refieren) que defiendan al capital autóctono vasco frente al gran capital financiero internacional. Ya que el capital vasco sería por su propia naturaleza, en su visión puramente nacionalista que elimina las contradicciones de clase, más solidario que el capital foráneo^[8].

Sin duda, cuando se refieren a esa «otra forma de gestionar» de los capitalistas vascos se refieren principalmente al ejemplo cooperativo, o más bien *coopitalista* como hemos argumentado aquí, de la Corporación Mondragón. La pregunta a la que nos lleva el análisis sobre el gran grupo cooperativo vasco es la siguiente: ¿Cuáles son esos valores de la empresa vasca? ¿Los valores de externalizar costes a áreas geográficas de menos coste de trabajo para mantener la posición relativamente privilegiada de los trabajadores autóctonos? ¿Hasta cuándo los van a mantener? ¿Hasta que el modelo se vuelva insostenible y la única alternativa sea la socialización de pérdidas y ejecutar despidos masivos como en el caso Fagor?

La realidad es que las leyes sociales del capitalismo son tozudas y terminan imponiéndose por férrea necesidad. El paradigma Mondragón es el del intento relativamente exitoso de generar las condiciones para la emergencia de una clase media vasca basada en un modelo laboral industrial «más ético». Pero el modelo se basa en la privilegiada ubicación geoestratégica de Euskal Herria respecto a ciertos circuitos de capital y explotación de la periferia global. Finalmente, el propio modelo se vuelve insostenible cuando la crisis capitalista obliga a los directivos cooperativos a volver al *realismo gestor*. ●





BIBLIOGRAFÍA

[1] Véase Wallerstein, I. (2005): *Análisis del Sistema-Mundo. Una introducción*, México, Siglo XXI.

[2] Véase Harvey, D. (2007): *Espacios del capital. hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal. También sobre geografía económica y desarrollo desigual puede consultarse Smith, N. (2020): *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción espacial*, Madrid, Traficantes de Sueños.

[3] Véase Bensaïd, D. (2017): *Estrategia y partido*, Madrid, Sylone. Para una crítica más a fondo del concepto socialista de cooperativismo, véase Mandel, E. (2022): *Autogestión, planificación y democracia socialista*, Madrid, Sylone y Viento Sur.

[4] Sobre el pensamiento de Arizmendiarieta, véase Azurmendi, J. (1984): *El hombre cooperativo: pensamiento de Arizmendiarieta*, Donostia, Caja Laboral Popular publicaciones.

[5] Véase Sánchez Bajo, C. y Roelants, B. (2011): *Capital and the Debt Trap. Learning from cooperatives in the global crisis*, Londres, Palgrave Macmillan, p. 211.

[6] Véase Bretos, I. y Errasti, A. (2018): «La transmisión de los valores y prácticas organizacionales cooperativas en las filiales extranjeras: El caso de la cooperativa multinacional Fagor Ederlan», *REVESCO. Revista de Estudios Cooperativos*, Primer Cuatrimestre, N° 127, pp. 45-69.

[7] Sobre la quiebra de Fagor véase Errasti A. (2013): «Tensiones y oportunidades en las multinacionales cooperativas de Mondragón: el caso de Fagor Electrodomésticos, sdad. coop», *REVESCO. Revista de Estudios Cooperativos*, 113, 30-60.

[8] Véase Otxandiano, P. (2022): «Actualizar el sistema operativo», *Naiz*, 4 de agosto del 2022.

Intenciones perdidas en aguas oscuras

Texto — **Martin Goitiandia**

Imagen — **Zoe Martikorena**

26



Es realmente espectacular ver a un gigante industrial como Mondragon Kooperatiba (MCC) resquebrajándose desde sus propias entrañas. Que los vástagos que han nacido y crecido en su seno se rebelen frente a semejante titán corporativo (Orona y Ulma ahora, o Irizar y Ampo antes) resulta un fenómeno muy esclarecedor. De hecho, la solidaridad y la lealtad entre cooperativas han ido a pique desde que se ha explicado que es más rentable actuar en solitario en el balance anual. Como cualquier consejo de administración, los de este también se han apresurado en huir del barco que se está hundiendo para proteger sus ganancias. He ahí la verdad que más asusta al movimiento cooperativista; y es que en el fondo funciona precisamente con las mismas reglas que gobiernan todos los demás negocios.

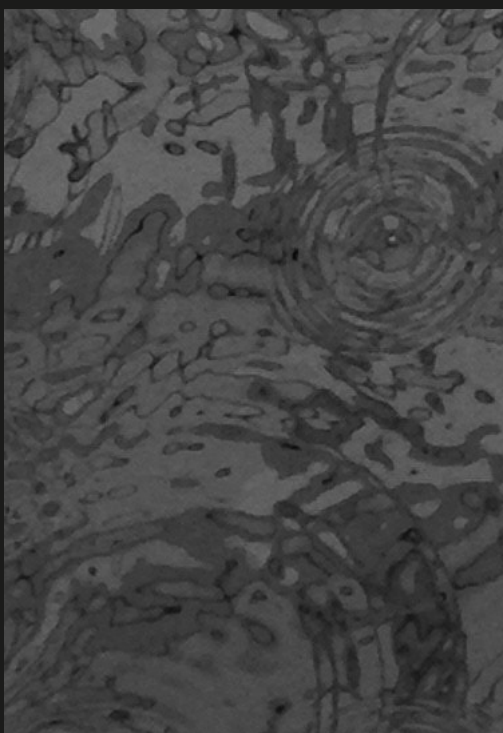
PÉRDIDA CONSTANTE DE IDEALES

En este mismo sentido, analizando la trayectoria del resto del cooperativismo o de las formas alternativas de organización empresarial, observaremos que toda la nobleza original y buena intención de estos proyectos se pierden una y otra vez en aguas oscuras y revueltas. En el caso del propio MCC, la posición de su fundador, Arizmediarrieta era firme. Una vez desvestidas las prendas de la retórica cristiana y habiendo bajado al mundo de la miseria terrenal, tenía las cosas bastante claras:

«El porvenir es para los que sepan trabajar y sepan ennoblecer el trabajo. ¿No es acaso el trabajo un elemento más noble, más antiguo y más humano que el capital y, como tal, acreedor a una mayor estimación? ¿Será ambición injustificable que sus representantes pretendan la primacía de la dirección?»

¿Cómo habrá pasado el movimiento cooperativista de ese valor subversivo del control democrático de la fábrica a actuar como cualquier otro buitre capitalista? ¿Dónde está «el control de los representantes del trabajo» cuando Eroski tiene en Galicia los salarios más bajos de su sector, cuando Fagor da la espalda a los no socios en los despidos, cuando hace listas negras con socios que no son suscriptores de Lagun Aro o cuando Laboral Kutxa está robando ahorros de la gente a través de aportaciones financieras subordinadas?

Ahí no encontramos ni rastro de los principios que la propia MCC y el resto del movimiento cooperativista reivindicaban a los cuatro vientos. La soberanía del trabajo, la organización democrática y los sueños de miel del carácter instrumental del capital no parecen más que rastros del esplendor pasado, a la manera de los libros antiguos que se colocan como adorno en las estanterías. Pero esa lacra no se limita a MCC, ni sólo al cooperativismo. Al fin y al cabo, la sociedad cooperativa, en la economía de mercado actual, no es más que una forma jurídica societaria. Aunque presenta peculiaridades en la forma de las aportaciones de los socios, en la votación de las asambleas o en la tributación, una sociedad cooperativa actual dista mucho del espíritu histórico del movimiento cooperativo. Sin embargo, la cruzada para crear empresas que mantengan compromisos éticos ha encontrado nuevos fieles por doquier, tanto bajo la forma de cooperativa como sin ella. El concepto de economía social y solidaria, por ejemplo, pretende incluir proyectos con esa ambición.



Los proyectos de consumo, distribución, producción o cualquier otro tipo que surjan bajo ese estandarte deben competir con los oligarcas más viles sin renunciar a ciertos «compromisos éticos», ya que las buenas condiciones de los trabajadores, el respeto al medio ambiente, el vínculo con los pequeños productores y el resto de valores indefensos que devora el capital son sus últimos baluartes en el seno del mercado. Así, quieren predicar a través del ejemplo y que cada vez más empresas sigan su camino. Confían en que su devoción inspire al resto de empresarios hasta que todo el mercado mejore las condiciones de los trabajadores, respete el medio ambiente y haga suyo cualquier otro imperativo moral. Claro que dentro de la economía social y transformadora hay muchas variantes. Algunas consideran necesario el apoyo del gobierno para que, por ejemplo, las cooperativas puedan competir con el resto de empresas. Aún así, comparten una idea fundamental con el resto de cooperativas.

¿Cómo habrá pasado el movimiento cooperativista de ese valor subversivo del control democrático de la fábrica a actuar como cualquier otro buitре capitalista? ¿Dónde está el control de los representantes del trabajo cuando Eroski tiene en Galicia los salarios más bajos de su sector, cuando Fagor da la espalda a los no socios en los despidos, cuando hace listas negras con socios que no son suscriptores de Lagun Aro o cuando Laboral Kutxa está robando ahorros de la gente a través de aportaciones financieras subordinadas?

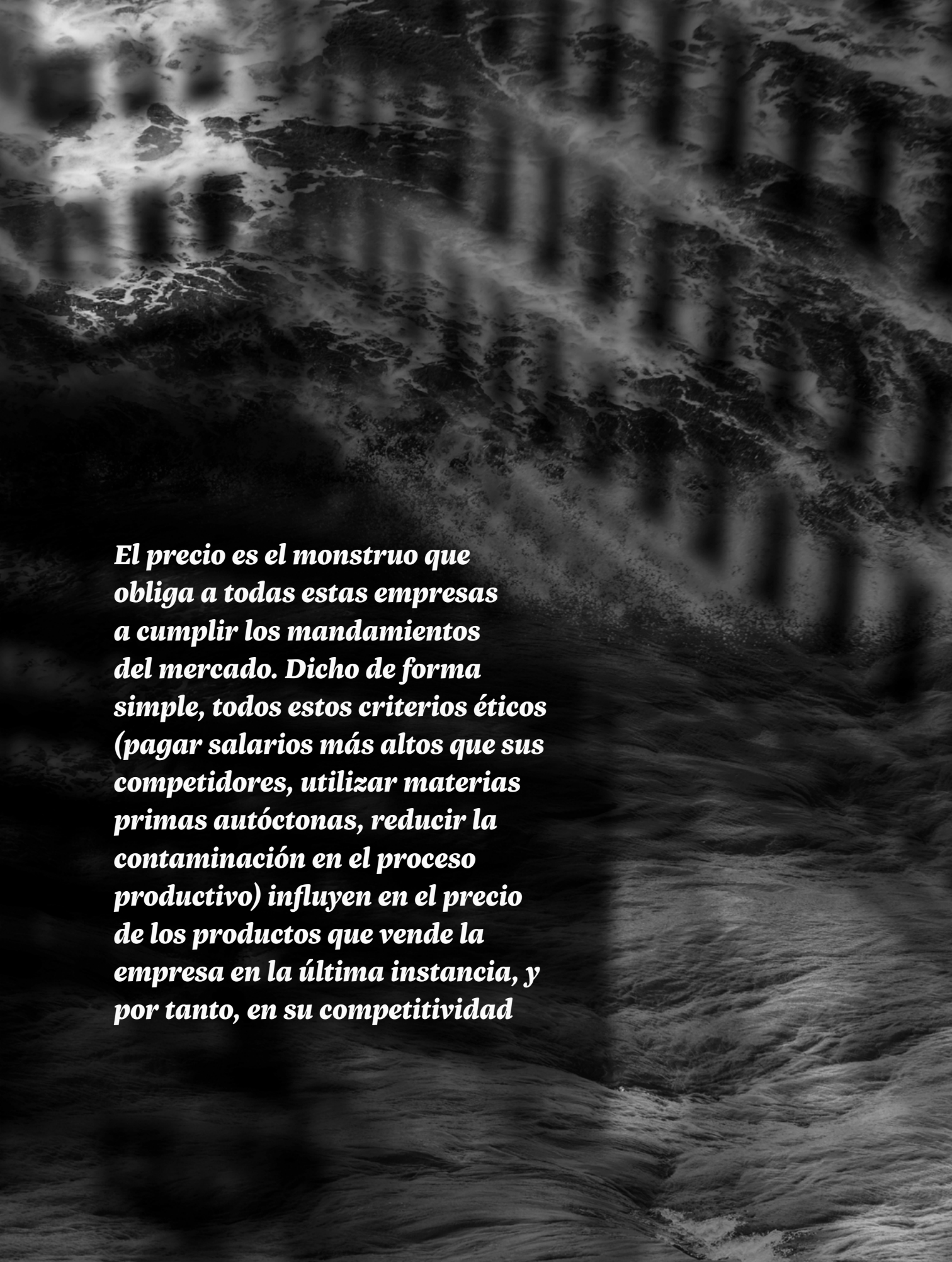
Cuesta creer que todos los cooperativistas honrados que han tenido el coraje de intentar poner en marcha un modelo alternativo a la vista de la miseria que les rodea y que muchos aún tienen, hayan caído uno tras otro en una especie de corrupción y retroceso ideológico

¿Por qué unos acaban entonces como MCC, u otros tan lejos de su objetivo? Muchas personas han sacrificado una y otra vez su trabajo y su iniciativa, su cuerpo y su alma para sacar adelante este tipo de proyectos. Han trabajado mucho más duro que Steve Jobs, Amancio Ortega o cualquier multimillonario emprendedor que haya triunfado en el mundo de los negocios. Es imposible, pues, que lo que les falte a todos estos filántropos aventureros sea la falta de voluntad. Cuesta creer que todos los cooperativistas honrados que han tenido el coraje de intentar poner en marcha un modelo alternativo a la vista de la miseria que les rodea y que muchos aún tienen, hayan caído uno tras otro en una especie de corrupción y retroceso ideológico. ¿Por qué no prosperan estos valerosos proyectos? Pues porque se chocan con el mismo muro con el que encontró el cura de Arrasate.

LEY DE BRONCE DEL MERCADO

Hay un enorme abismo ético entre ellos y los buitres corporativistas de MCC, y sin embargo, ambos se encuentran tarde o temprano con las leyes inviolables del mercado. Los economistas clásicos utilizaban el concepto de «ley de bronce del salario» para indicar que los desequilibrios entre el crecimiento de la población y el precio de los alimentos limitaban el salario al nivel mínimo de supervivencia. Con eso querían señalar que dicha ley era un límite infranqueable del salario, es decir, una tendencia demográfica. La realidad es que, como señala Marx, esa ley de bronce, lejos de ser natural, obedece al capitalismo por comerciar con la capacidad de trabajo (fuerza de trabajo) como con las demás mercancías. Asimismo, el fracaso del cooperativismo o de la economía transformadora a que nos referíamos más arriba está sujeto a la ley de bronce del mercado inherente a esta sociedad. Ya que el mercado expulsa a toda empresa que no se adapte a su ritmo y dimensión. Por lo tanto, las empresas alternativas antes mencionadas sufren, como un grupo de pececillos, intentando nadar contra la gigantesca corriente del mercado.

Esta dictadura implacable que nadie puede evitar no necesita de las fuerzas armadas para la coacción. El precio es el monstruo que obliga a todas esas empresas a cumplir los mandamientos del mercado. Dicho de forma simple, ciertos criterios éticos (pagar salarios más altos que sus competidores, utilizar materias primas autóctonas, reducir la contaminación en el proceso productivo) influyen en última instancia en el precio de los productos que vende la empresa, y por tanto, en su competitividad. Aunque esos compromisos son encomiables, deben equilibrarse con la necesidad de vender productos competitivos, ya que de lo contrario serán expulsados por competidores con mayor capacidad de acumulación de capital. Poco valen los compromisos éticos en confrontación con empresas con mayores créditos, capital social, liquidez, cuota de mercado, capacidad de inversión y flujos de caja o precios más bajos. Por lo tanto, al igual que el resto de empresas, las empresas alternativas que compiten en el mercado viven bajo la espada de Damocles. En el marco de ese dilema entre ética y negocios, quien quiera jugar con criterios éticos y democráticos que no sean el aumento de beneficios sólo tiene dos opciones: no cumplir con sus criterios o desaparecer engullido por sus competidores. Como dice el narco Escobar: «Plata o plomo».



El precio es el monstruo que obliga a todas estas empresas a cumplir los mandamientos del mercado. Dicho de forma simple, todos estos criterios éticos (pagar salarios más altos que sus competidores, utilizar materias primas autóctonas, reducir la contaminación en el proceso productivo) influyen en el precio de los productos que vende la empresa en la última instancia, y por tanto, en su competitividad

La ley de bronce, es decir, la ley del mercado capitalista, genera con sus diversas variantes la terrible situación actual, a partir de esta base expuesta. Otra de las caras de esa ley es la concentración y centralización del capital. La primera porque las corporaciones sin escrúpulos establecen los precios más bajos y acumulan las ganancias más altas. Y la segunda porque esa riqueza les permite comprar íntegramente empresas de la competencia. Así, ese darwinismo capitalista genera monopolios y oligopolios colosales con poderes de mercado desmesurados. Convertidos en dueños y señores de su ámbito geográfico y/o sectorial, se coronan a sí mismos como gobernantes draconianos que dictan precios. En este régimen en que no se reconoce derecho natural ni positivo alguno, en el que sólo rige la competencia entre capitalistas, los que como MCC venden toda la ética y no se convierten en gigantes industriales estarán sometidos a esas fuerzas imparables del mercado. Estas empresas alternativas (las pequeñas empresas temáticas, autónomas, etc.) serán meros destinatarios de precios (*price-takers*), incrementarán de algún modo los beneficios de estos Goliat de mercado y procurarán al mismo tiempo recaudar dinero para mantenerse vivos.

Para dar un ejemplo concreto, podemos analizar lo ocurrido en el mercado energético. Som Energía es una cooperativa «sin ánimo de lucro» que se dedica a la «producción y comercialización de energía verde», según sus propias palabras. Un loable objetivo es la puesta en marcha de una cooperativa que tenga como axioma apostar por la transición energética en el mercado de las empresas eléctricas. Pero cuando un número de empresas que puede contarse con los dedos de la mano aumentaron sin duda el precio mayorista de la luz, poco servía la buena voluntad de los socios, además de para procurar suplir las pérdidas por aportación voluntaria. El pasado mes de marzo dejaron de aceptar clientes mientras explicaban que perdían dinero con cada nuevo contrato. He ahí la soberanía del cooperativismo: renunciar a los principios o renunciar a la actividad.

Así, como en el caso de toda empresa, la existencia de esas cooperativas nacidas con vocación de construir una vía alternativa también se convierte en un intento constante de reducir costes. Y es que para una empresa que compite en el mercado es muy caro mantener los principios mencionados. Es cierto que muchos (según cada cooperativa) no tienen que pagar ganancias a los socios capitalistas, pero sí al banco, a los proveedores o a los socios (aunque sean obreros muchas veces más insolidarios que los socios capitalistas). El movimiento cooperativista ha intentado una y otra vez hacer frente a problemas, entre otros, mediante las cooperativas de ahorro y crédito o las cooperativas de consumo. Sin embargo, siempre se pone de manifiesto que esos conglomerados, a pesar de satisfacer algunas necesidades en sus relaciones, tienen por una parte o por otra, una dependencia hacia el mercado «ordinario» o capitalista.

En las discusiones dadas en el seno de la Internacional, en el comienzo de la edad de oro del movimiento cooperativista, Marx indicó claramente los límites y las virtudes de tales proyectos.

«Al mismo tiempo, la experiencia del período de 1848 a 1864 ha demostrado sin lugar a duda que, por excelente que sea en la práctica, el trabajo cooperativo encerrado en el estrecho círculo de los esfuerzos parciales de trabajadores dispersos no es capaz de detener el progreso geométrico del monopolio, no es capaz de emancipar a las masas, ni siquiera es capaz de aliviar la carga de su miseria. Este es, quizá, el verdadero motivo que ha decidido a algunos aristócratas bien intencionados, a filantrópicos charlatanes burgueses y hasta a economistas agudos, a colmar de repente de elogios nauseabundos al sistema de trabajo cooperativo, que en vano habían tratado de sofocar en germen, ridiculizándolo como una utopía de soñadores o estigmatizándolo como un sacrilegio socialista. Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales».

En la anterior cita se aclara el carácter que adquiere el cooperativismo bajo la ley de bronce del mercado, es decir, bajo la dominación del capitalista. Como en el caso de los autónomos o de muchas pequeñas y medianas empresas, son igualmente mecanismos de explotación de los trabajadores, aunque sea de forma indirecta. De hecho, esta necesidad de reducir los costes para la supervivencia obligará a la empresa a empeorar las condiciones laborales, aumentar la contaminación y aceptar el resto de exigencias. Al fin, si no hay condiciones previas para acabar con el capitalismo, dentro del cooperativismo los trabajadores se transforman en capitalistas de sí mismo, lo que no conlleva consigo la libertad de los trabajadores. Como dice Marx en el *Capital*:

Som Energía es una cooperativa «sin ánimo de lucro» que se dedica a la «producción y comercialización de energía verde», según sus propias palabras, pero cuando un número de empresas que puede contarse con los dedos de la mano aumentaron sin duda el precio mayorista de la luz, poco podía hacer la buena voluntad de los socios, además de procurar suplir las pérdidas por aportación voluntaria. El pasado mes de marzo dejaron de aceptar clientes mientras explicaban que perdían dinero con cada nuevo contrato

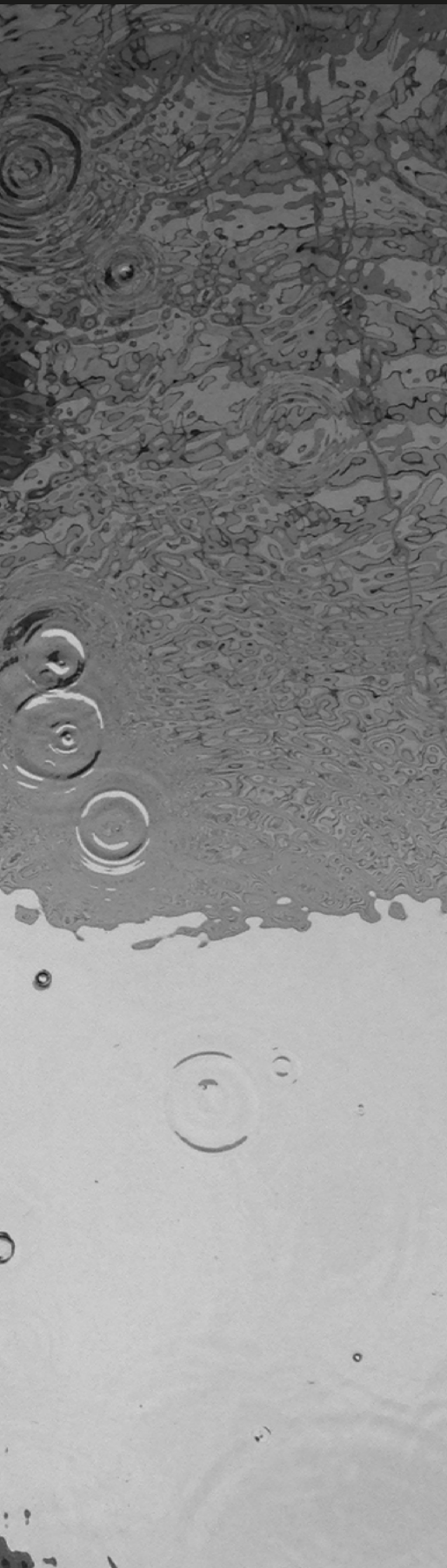


«Las fábricas cooperativas de los obreros mismos son, dentro de la forma tradicional, la primera brecha abierta en ella (el sistema capitalista), a pesar de que, donde quiera que existan, su organización efectiva presenta, naturalmente, y no puede por menos de presentar, todos los defectos del sistema existente. Pero dentro de estas fábricas aparece abolido el antagonismo entre el capital y el trabajo, aunque, por el momento, solamente bajo una forma en que los obreros asociados son sus propios capitalistas, es decir, emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo».

¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ? ORÍGENES DE LA TRAGEDIA DEL COOPERATIVISMO

En 1844 un pequeño grupo de artesanos y obreros eligieron construir una empresa por su cuenta en el distrito inglés de Rochdale. Los principios establecidos por esos aventureros impulsados por el paro y la miseria de su entorno se han convertido en bandera del movimiento cooperativista posterior: control democrático, retorno de los excedentes, limitación de intereses del capital y gestión de la fábrica sin ningún propietario capitalista para demostrar que el consejo de administración y su cuadrilla de contables y directivos no son necesarios.





Aunque ese ensayo se ha convertido en el mito fundador del movimiento cooperativo, ya existieron grupos de trabajadores en esa actividad. Más allá de la práctica actuación de trabajadores hambrientos y desesperados, Los llamados seguidores -o intérpretes- izquierdistas de David Ricardo les situaron como precursores de un cambio generalizado. Thompson, por ejemplo, proponía en 1827, una alternativa al capitalismo mediante sindicatos y cooperativas. En el mismo sentido se expresó Owen en el seno del socialismo utópico, al defender la necesidad de basar la industrialización en una cooperación generalizada en lugar de en la competencia. Esos socialismos asociacionistas y utopías owenistas se centraron principalmente en la abolición de la competencia. Es más, hubo varios congresos de cooperativas antes de Rochdale para unificar el rumbo de ruptura con la producción capitalista. Para 1844 se había formado un movimiento cooperativista, si entendemos esto como una alianza entre ellos, una teorización homogénea de la función política y una explicación científica de la dirección. Para 1830 había ya más de 300 cooperativas en Inglaterra, con sus revistas y sus órganos de coordinación.

Ese movimiento llamó también la atención de la primera ideología económica ortodoxa. El propio Malthus escribió ensayos intentando defender que el cooperativismo provocaría escasez. Sin embargo, esa reacción inicial del pensamiento burgués dominante fue disminuyendo, como mencionaba más arriba Marx. Mill, por ejemplo, veía a las cooperativas como tendencias de futuro. Según él, llegaría un momento en el que los beneficios ya no serían el motor de la economía:

«La relación entre amos y obreros irá siendo sustituida por una asociación bajo una de estas dos formas: en algunos casos, la asociación de los trabajadores con el capitalista; en otros, y quizás en todos al fin, la asociación entre los mismos trabajadores».

La generalización de las cooperativas sin ánimo de lucro, conduciría a una «revolución moral» en la fase del capitalismo en la que la justicia social podría finalmente ser posible. Esa idea se repetirá entre los economistas más prestigiosos. Más tarde, los padres de la economía neoclásica hegemónica (entre otros, Marshall y Walras) defendieron la integración de los trabajadores en los consejos de administración, para que se dieran cuenta de la responsabilidad de la dirección y humanizaran la relación de la misma dirección con los trabajadores.

A partir de mediados de siglo, en cambio, la sociedad civil construida en orden napoleónico y los mercados de libre competencia del capitalismo naciente tocaron fondo. La paz del acuerdo de Viena, el crecimiento de la banca y la bolsa y la carrera colonial que parecía interminable facilitaron el nacimiento de desorbitadas acumulaciones de riqueza. Las corporaciones más concentradas existentes en la historia hasta entonces devoraron a todos los competidores. En una sola firma se unían procesos completos de producción, y las distintas marcas se enlazaban por redes enquistadas. Además, se repetía la presencia de unos pocos bancos en todos los consejos de administración. La fusión del capital industrial y banquero creó un capital financiero que obligaba a los gobiernos a adoptar políticas internas para mantener el orden, así como políticas exteriores para apoyar aventuras imperialistas. Como se ha mencionado anteriormente, esos emperadores comerciales, naturalmente, decretaban los precios a su antojo. En ese declive de la competencia liberal fue debilitándose el ala liberal del partido burgués y del pequeño burgués del movimiento cooperativista. Las tesis de pensadores como Emilio Nazzari fueron luego calificadas de absurdas:

«Respetando la libertad y la competencia, las asociaciones productivas de los trabajadores deben abstenerse de mendigar subsidios al Estado. Deben conquistar su puesto en el orden social libremente, audazmente, con sus propias fuerzas, sin extender la mano al gobierno».

En este contexto, alejándose de la escuela italiana como la de Nazzari, el cooperativismo se representó de la mano de los Estados-nación, cada vez más fuertes en los entornos germánicos y franceses. Fue Lavergne quien amplió la figura de las cooperativas públicas en la primera mitad del siglo XX. Esos Régies coopératives estaban naturalmente en manos de las administraciones socias (ayuntamientos, provincias, departamentos, instituciones...), pero para aquella época la democracia en la fábrica y el control obrero se habían difuminado mucho. Sin embargo, se mantuvo el principio de intentar que el precio de la mercancía que se ofrecía fuera mínimo. De esa manera se mezclaron por completo los conceptos de cooperativa y de empresa pública. Se impuso esa concepción pragmática del cooperativismo, apoyada por el contexto mencionado, y así se creó posiciones de aceptación de créditos y ayudas del Estado también en la escuela liberal italiana (Rabbeno).

La confusión en el concepto de cooperativas en el seno del estado del bienestar después de la II Guerra Mundial siguió igual. En el dominio absoluto de la oligarquía yanqui, en la época en que se ha llamado capitalismo monopolista, siguió siendo necesario el apoyo estatal para la supervivencia de la producción alternativa. Las discusiones entre los cooperativistas se dieron, por tanto, en términos prebélicos; es

decir, si esa ayuda debía ser mayor o menor. En cambio, la investigación (casi exclusivamente académica como en el caso del marxismo occidental de la época), se centró más en las diferentes clasificaciones de las cooperativas que en su función. De hecho, algunas cooperativas se convertían en meras formas jurídico-societarias de crecimiento del capital (MCC o Crédit Agricole pueden ser ejemplos conocidos). La mayoría, en cambio, no podía competir en el mercado. Han sido también numerosos hasta nuestros días los intentos de recuperar la idiosincrasia inicial con la pérdida total del espíritu del cooperativismo. La economía social y transformadora (EST) expuesta es un ejemplo idóneo, la cual ha tratado de respetar una serie de principios éticos en una escala limitada. Especialmente en el contexto de la crisis de 2008, como solución al desempleo y la pobreza generalizadas. Ni que decir que han podido suavizar a muy pequeña escala esos problemas cuando lo han conseguido. En el Estado español Coop57 podría ser un ejemplo de ello, con una amplia red de cooperativas de producción y consumo y recursos para su financiación. Esos proyectos hacen un gran esfuerzo por mantener relativamente ciertos principios (al menos cuando la situación se lo permite) y aun siendo los principales referentes del EST, su ámbito de influencia es notablemente limitado. Coop 57, por ejemplo, maneja fondos de unos 50 millones de euros (de los cuales unos 48 son aportaciones voluntarias). MCC, por su parte, recauda 11 millones de euros en un año de facturación y tiene inversiones cercanas a los 335 millones. Es evidente la diferencia en el ámbito de influencia de cada uno.

(...) aquí no hay una crítica absoluta a los principios cooperativistas de solidaridad y colaboración, sino a la elección política de llevarlos a cabo en una sociedad capitalista

La narración realizada en este epígrafe ha seguido el relato construido por quienes se autodenominan descendientes del movimiento cooperativista. Pero fuera de esta historia oficial que hemos repasado, el concepto de cooperativismo ha tenido numerosos descendientes bastardos. La autogestión, por ejemplo, ha sido un escudo que, a pesar de ser una palabra que ha recibido muchas volteretas, ha tenido una estrecha relación con el cooperativismo. Desde la guerra civil española o el periodo interbélico italiano hasta las experiencias argentinas de 2001 y griegas de 2008, hechos muy diferentes han sido incluidos en este saco. Además, en el propio movimiento cooperativista surgieron nuevos modelos de cooperativas, con una nueva versión de los principios históricos (fenómeno recogido, entre otros, por Ward, Domar o Vanek).

La reivindicación de la autogestión se ha basado esencialmente en la gestión entre los obreros de las fábricas abandonadas por los propietarios capitalistas, a veces incluso en la supresión de la fábrica a los propietarios. Sea como fuere, al hablar de cooperativas clásicas esos valientes obreros organizados se encontraron con los mismos límites mencionados para defender sus puestos de trabajo. Aunque tarde o temprano no hubiera patrón en la propia fábrica, el cliente con proveedores, banco o monopsonio se convertía en un explotador aún más vil de los trabajadores: acelerar los ritmos de trabajo, bajar los salarios, reducir los costes. La eterna sinfonía del capital entraba desde fuera en cuanto esos obreros intentaban navegar por el mercado. Aunque el análisis de esas experiencias no es el objeto de este artículo, la siguiente pregunta se ha repetido muchas veces



El movimiento comunista, aún más joven en cuanto al cooperativismo que venía dando sus primeros pasos, abordó tres debates que trituraban sus principios teórico-políticos: qué capacidad tiene el cooperativismo para transformar la sociedad capitalista, hasta qué punto el cooperativismo es la antesala del socialismo y qué relación deben tener las cooperativas con el Estado



en las discusiones y enseñanzas que giran en torno a las mismas: ¿de qué sirve ser dueño de la fábrica si no se acaba con la implacable dictadura del capital?

Por último, también hay otras unidades productivas que, aun siendo totalmente distintas, se denominan cooperativas. Estas son las cooperativas que han surgido en el marco de los procesos de construcción del socialismo: las cooperativas agrícolas fundadas en la Rusia bolchevique, el llamado socialismo autogestionario yugoslavo, las fábricas bajo control obrero italianas... Son fenómenos que se alejan mucho del concepto de cooperativa que manejamos a lo largo de este artículo. Entre ellos también hay un abismo. No obstante, con alevosía alguna puede ser utilizada para negar los límites de las cooperativas. A continuación, pues, nos adentraremos en esa selva, aunque sólo sea por la superficie.

COOPERACIÓN VOLUNTARIA ENTRE PERSONAS LIBRES: COOPERATIVISMO Y SOCIALISMO

Antes de concluir, es preciso subrayar que lo que hemos analizado corresponde a las cooperativas que compiten en el mercado capitalista. Es decir, aquí no hay una crítica absoluta a los principios cooperativistas de solidaridad y colaboración, sino a la elección política de llevarlos a cabo en una sociedad capitalista. ¿No ha desempeñado el concepto de cooperativa ninguna función en la trayectoria del movimiento comunista? ¿No son compatibles estos principios cooperativistas históricos con la construcción del socialismo?

Fue en la década de 1840 cuando el socialismo asociacionista comenzó a perder peso en el movimiento obrero, en favor del marxismo, especialmente entre los artesanos más castigados por las nuevas máquinas. Sin embargo, la revolución de la división de clases y de las relaciones productivas, difundida a los cuatro vientos por el manifiesto comunista, siguió teniendo menos eco en el seno del heterogéneo movimiento obrero que los sindicatos, las cajas de protección, las huelgas, las mutuas e incluso las cooperativas. Es más, hasta la Comuna de París y la I Internacional Marx seguiría participando en debates políticos sobre este tipo de proyectos, entre otros, con Proudhon o Bakunin. Incluso después de su muerte se repetirían en el seno de la socialdemocracia alemana los mismos lemas del pequeño socialismo burgués. Todos estos instrumentos, incluido el cooperativismo, eran al fin y al cabo muy prácticos y eficaces para aliviar el dolor que suponía la vida de cualquier proletario común de la época. El movimiento comunista, aún más joven en cuanto al cooperativismo que venía dando sus primeros pasos, abordó tres debates que trituraban sus principios teórico-políticos: qué capacidad tiene el cooperativismo para transformar la sociedad capitalista, hasta qué punto el cooperativismo es la antesala del socialismo y qué relación deben tener las cooperativas con el Estado (esto último sólo lo compartía con el resto del cooperativismo, con los liberales inclusive).

Durante la revolución de 1848 los proletarios de diversos rincones fueron sacados de la sombra de las facciones de la burguesía en el debate político de la sociedad civil y adquirieron un cuerpo propio. Los obreros, cuando por primera vez empezaron a oler la responsabilidad de constituir su propia sociedad civil, empezaron a recuperar las ideas de los antepasados de las anteriores generaciones. La idea del socialismo utópico citada más arriba, que el actual EST repite de una manera tan torpe, fueron para muchos el mejor asidero. Generalizar la producción alternativa de las cooperativas parecía una buena oportunidad. Luis Blanc, por ejemplo, se centró en esos primeros años en la construcción del socialismo a través de cooperativas de producción patrocinadas por el Estado, a partir de debates anteriores. Larga fue también la hilera de charlatanes (entre otros, Lasalle, Bernstein, Proudhon o Bakunin) que con las mismas ideas (con pequeños matices) cautivaron a las masas obreras apasionadas por transformar el orden social.

Sin embargo, si bien Marx dejó claro que la ley de bronce del mercado hacía completamente estéril la limitación del trabajo cooperativo a un círculo local de empresas (como luego han tenido que hacer repetidamente numerosos militantes comunistas), no quedó en esa evidencia. Y no, los elogios del cooperativismo que Marx pronunció hacia la década de los 60 cuando tuvo que compartir mesa en el seno de la Internacional con muchos de esos tramposos a los que antes nos referíamos, no eran meras concesiones tácticas. Marx y Engels hablaban de textos prematuros como «La Ideología alemana», de la diferencia entre la cooperación forzada por la división social del trabajo, es decir, entre el capital y el trabajo, y la cooperación voluntaria. En las cooperativas en las que realmente se respetan los principios cooperativistas, (no, en cambio, en los monumentos ofensivos de la explotación como MCC) se nota la firma de Marx en las decla-

raciones de la Internacional que defendían que existe la virtud de representar los primeros indicios del socialismo:

«Reconocemos el movimiento cooperativo como una de las fuerzas transformadoras de la sociedad actual, basada en el antagonismo de clases. Su gran mérito es demostrar prácticamente que el actual sistema despótico y pauperizador de subordinación del trabajo al capital puede ser sustituido por el sistema republicano de productores libres e iguales.»

La comuna de París hizo realidad la posibilidad de una cooperación del trabajo o de una asociación libre y voluntaria de productores. He aquí, por ejemplo, el momento en que Marx expresa con mayúsculas la diferencia entre los diferentes cooperativismos en el texto «Guerra civil en Francia»:

«(La comuna de París) Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el “irrealizable” comunismo! Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe —y no son pocos— se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño; si ha de sustituir al sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, más que comunismo, comunismo “realizable”?»

Es precisamente la crítica de la economía política la que traza la frontera entre que la cooperativa sea una pieza para perpetuar el poder todopoderoso del capital o para construir la nueva sociedad socialista. Este «plan común» libera la fraternidad dentro de la fábrica esclava del mercado:

«Imaginemos por fin una reunión de hombres libres que trabajan con medios de producción comunes y emplean, según un plan concertado, sus numerosas fuerzas individuales como una sola fuerza de trabajo social.»

«El producto total de los trabajadores unidos es un producto social. Una parte sirve de nuevo como medio de producción y sigue siendo social, pero la otra se consume y, por tanto, debe repartirse entre todos. El modo de distribución variará en función del organismo productor de la sociedad y del grado de desarrollo histórico de los trabajadores. Supongamos, sólo para establecer un paralelismo con la producción de mercado, que la parte que se da a cada trabajador es proporcional a su tiempo de trabajo, el tiempo de trabajo desempeñaría así un doble papel. Por una parte, su distribución en la sociedad regula la proporción exacta entre las diversas funciones y las distintas necesidades; por otra, mide la parte individual de cada productor en el trabajo común y, al mismo tiempo, la porción que le corresponde en la parte del producto común reservada al consumo. Las relaciones sociales de los hombres en sus trabajos y con los objetos útiles que resultan de ellos permanecen aquí simples y transparentes tanto en la producción como en la distribución». ●



Las cooperativas, del utopismo de la clase obrera reformista al seno de la oligarquía

Texto — **Arteka**

Imagen — **Zoe Martikorena**

«¿Qué es "reparto equitativo"
¿No afirman los burgueses que
el reparto actual es "equitativo"?
¿Y no es éste, en efecto, el único
reparto "equitativo" que cabe,
sobre la base del modo actual de
producción? ¿Acaso las relaciones
económicas son reguladas
por los conceptos jurídicos?
¿No surgen, por el contrario,
las relaciones jurídicas de las
relaciones económicas? ¿No se
forjan también los sectarios
socialistas las más variadas ideas
acerca del reparto "equitativo"?»

KARL MARX, *Crítica al
programa de Gotha*

Este reportaje recogerá algunas claves sobre la forma que adopta la estratificación de clases dentro de las cooperativas, para fijarse en el lugar que ocupa el proletariado en el seno de las cooperativas. ¿Hay sitio para el proletariado en las diferentes cooperativas que conocemos aquí y ahora? ¿Cuáles son sus condiciones económicas y políticas?

Según el concepto que se determina en el seno del derecho burgués, la cooperativa es una empresa en el cual la propiedad jurídica la posee una asociación formada por trabajadores. Esta conceptualización realiza, por definición, una abstracción extrema de una realidad material mucho más compleja, distorsionando las relaciones sociales capitalistas de producción y estableciendo categorías burguesas de interpretación del control sobre ellas. Hay pequeñas cooperativas formadas solamente por trabajadores que no materializan acumulación alguna de capital y apenas logran reproducir la fuerza de trabajo de sus miembros. Otras cooperativas, en cambio, son corporaciones gigantescas con una evidente jerarquía, y en su interior hay figuras burocráticas que se aprovechan claramente de la explotación sobre la fuerza de trabajo del proletariado. Puede decirse que el concepto jurídico burgués de cooperativa enraizado en el sentido común oculta esta realidad material, por lo que conviene desmentirla mediante la crítica de la economía política.

Según las ilusiones cooperativistas, puede parecer que los trabajadores tienen derecho a un control sobre la producción en el marco legal del capitalismo, sin quebrar el principio de propiedad privada, en pacífica convivencia con el Estado burgués y basado en la voluntad de los que la forman. Es decir, afirmar que las cooperativas pueden ser en sí mismas una alternativa económica o política adecuada es aceptar que la clase trabajadora y la burguesía tienen las mismas posibilidades reales de competir en el mercado, y aun en los casos en que se reconocen los desequilibrios materiales existentes entre ellas, se llega a la conclusión de que las cooperativas pueden suponer una alternativa más ética actuando bajo esos parámetros; una especie de «socialismo sin revolución» dentro de las unidades particulares de producción. De ahí que el colectivo editorial *Cuadernos de Negación* (CdN) subraye que las cooperativas o «la autogestión» no son una alternativa al capitalismo, sino una alternancia en su seno^[1]. En ese sentido, la autogestión o modelo cooperativo no se debe refutar como “auto-explotación”, sino como “una autogestión de la explotación al servicio del capital”. Pues no hay que olvidar que el sujeto explotador no es un patrón u otro, y que el explotado no es un proletario u otro; es la burguesía, como clase, la que explota todo el proletariado, cualquiera que sea el modelo administrativo de explotación. ¿Y qué supone eso? En el fondo, que el antagonismo entre la burguesía y el proletariado no está en las relaciones personales entre los individuos, sino en las relaciones sociales generales de producción. Es decir, no podemos liberarnos de la condición de expropiado o explotado mediante la mera voluntad propia, la concienciación o el pago de la cuota de autónomo, porque la explotación no está en la mente de quienes la padecemos, en las interpretaciones que podamos hacer al respecto, en la presencia física de un superior o en la nomenclatura jurídica, sino en las

condiciones generales de producción. Lo que vemos en estas condiciones es que la clase obrera no ejerce ningún control sobre los medios de producción, las materias primas, la manufactura, la distribución, la publicidad o el consumo. Aunque los trabajadores ahorren un poco y formen cooperativas, podrán gestionar unas proporciones de producción social muy reducidas y sencillas en el seno del capitalismo. En consecuencia, la adaptación de términos para referirse a la misma realidad material o “actuar de buena fe” en ella no es suficiente para la abolición de la explotación de la fuerza de trabajo. El hecho de ocultar o tergiversar la explotación supone, por el contrario, esconder y perpetuar el carácter de clase de la sociedad capitalista. «Porque la explotación no es una cuestión cuantitativa de niveles, no podemos estar más o menos explotados», recuerda CdN.

Pero no sólo eso. Hay que recordar que en la medida en que el mercado es una dinámica autónoma con respecto a la voluntad individual, no se distingue entre un mercado “bueno” formado por trabajadores y uno “malo” controlado por los grandes capitalistas; el mercado es uno y único. No importa qué productor privado haya producido la mercancía o cómo la haya producido, siempre que genere ganancia. Para generar ganancia es imprescindible que el trabajo privado de los productores entre en contacto en el mercado en términos de equivalencia con el trabajo privado de todos los demás, como trabajo social, al fin y al cabo. Desde este punto de vista, la fuerza de trabajo que manejan las cooperativas no es más que una mercancía más, mientras que todas las demás particularidades que se le atribuyen son marketing para convertirlas en mercancías más fáciles de vender. En ese sentido, CdN aclara que las cooperativas han desarrollado su propio discurso de marketing: “Así como una bebida no importa si quita la sed sino que sea sinónimo de fiesta, una golosina no necesita alimentar sino ser “divertida” y un producto he-

No podemos liberarnos de la condición de expropiado o explotado mediante la mera voluntad propia, la concienciación o el pago de la cuota de autónomo, porque la explotación no está en la mente de quienes la padecemos, en las interpretaciones que podamos hacer al respecto, en la presencia física de un superior o en la nomenclatura jurídica, sino en las condiciones generales de producción



cho en cooperativa es, antes que nada, más correcto que los demás, por lo que se asocia más a una política que a una satisfacción, o a la satisfacción de una falsa necesidad política^[2]”.

Por eso es habitual escuchar en el seno del cooperativismo expresiones como “Podemos producir dentro o fuera de las fronteras del capitalismo, pero el problema viene cuando tenemos que comercializar productos”. Esta idea es totalmente errónea porque entiende la producción, el intercambio y el consumo de forma aislada, y no como momentos diferentes de un proceso único. El productor cooperativista no decide lo que debe producir, lo hace en función de las necesidades de la sociedad burguesa. «Cuando “sale” a vender su mercancía no se encuentra con el mercado; éste ya ha establecido qué y cómo debe producir, incluso sus posibilidades y objetivos», afirma CdN. En efecto, en la sociedad capitalista toda producción es producción de mercancías, producción de cambio. La cuestión no se reduce, pues, a la esfera de la circulación o a la de la distribución, ni se encuentran en ella algunas mercancías producidas de un modo “capitalista” y otras de un modo “no capitalista”.

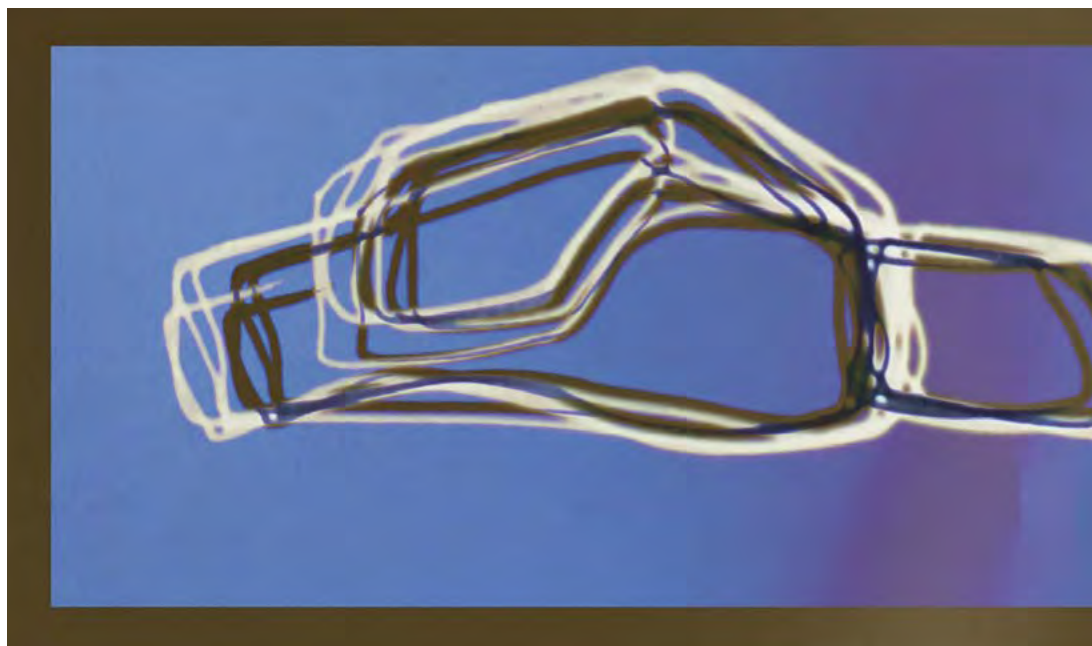
EL FILTRO DE CLASE

En las primeras líneas del texto hemos problematizado de forma simple la función ideológica anticomunista general que históricamente han desempeñado las cooperativas frente a los trabajadores. Pero la imposibilidad estructural de emplear a todos los trabajadores mediante este modelo de gestión del trabajo asalariado es evidente, y se encargan de recordarlo los aparatos estatales, el mercado de trabajo y las carencias materiales del proletariado. A partir de ella se pueden ver los límites estructurales que la propaganda reformista utópica encuentra en la realidad. A continuación, pues, nos fijaremos en el modo específico en que las cooperativas mantienen al proletariado alejado de la propiedad

de los medios de producción, relegado a la distribución del producto social y explotado en la extracción de plusvalía. Para ello, nos fijaremos en las que tenemos a nuestro alrededor.

La constitución de cooperativas o la pertenencia a una cooperativa constituida requiere una inversión inicial; la cuantía de esa inversión la determinan la legislación nacional o los estatutos de cada cooperativa. Para pagarlo, lo habitual es recurrir a ahorros, créditos o subvenciones familiares, en este concreto orden. La disponibilidad de estos recursos tiene un marcado carácter de clase que, más exactamente, suele depender de una estratificación de clase. ¿Cómo va a entrar el proletariado en las cooperativas, si las unidades familiares con capacidad de ahorro en el Estado español son solo tres de cada diez?^[3] ¿Cuántos serán los proletarios que tendrán acceso a las cooperativas, si cuatro de cada diez habitantes del Estado español viven “sobreendeudados” por la vivienda? Es decir, ¿si este sector tiene que destinar más del 40 % de sus ingresos mensuales a pagos relacionados con el hogar?^[4] Se ha comprobado que uno de cada cinco habitantes tiene en su cuenta corriente el equivalente a 400 euros mensuales de patrimonio, lo que supone que cerca de 10 millones de personas a nivel estatal tienen dificultades para pagar la renta del hogar frente a gastos imprevistos^[5]. El precio medio de los alquileres alcanzó los 1.373 euros mensuales en enero de 2023, y son muchas las personas que tienen grandes dificultades para hacer frente a estos gastos. Si a eso le sumamos la subida del 15 % que han sufrido los alimentos y los últimos incrementos de carburantes y electricidad, los cuales se han encarecido en torno al 73 % en los últimos seis años, el panorama es desolador. Pedir al proletariado que invierta en cooperativas en medio de este contexto de pobreza es como pedir que haga una talla de madera a quien está tirando muebles al fuego para calentar la casa.

Más allá de la coyuntura inflacionaria que absorbe los ahorros de la clase obrera a favor de los beneficios de la burguesía, en este momento histórico existen también elementos estables que dificultan aún más el acceso del proletariado a ciertas cooperativas (las más exitosas), como la educación. Para acceder a cooperativas que se dedican a ámbitos como la industria, la innovación y las finanzas no basta con hacer aportaciones económicas, ya que cada vez se demandan titulaciones académicas más altas y competencias más exigentes. El título universitario tampoco es suficiente en sí mismo, ya que las cooperativas más competitivas de nuestro entorno seleccionan las credenciales educativas más apreciadas en el mercado laboral para responder al alto grado de especialización del trabajo. Estos estudios se adquieren mayoritariamente en las universidades privadas y la exigencia académica en las públicas es tan alta que compaginar los estudios con un puesto de trabajo a tiempo completo es inviable, exige que haya un determinado “capital cultural” en la familia, etc. Es decir, se está acabando la opción de entrar a la empresa con las manos vacías y con “ganas de trabajar”, hacer la aportación necesaria con los primeros salarios recibidos y tener una larga, estable y fructífera trayectoria profesional. Las cooperativas más exitosas del centro imperialista occidental carecen hoy de la capacidad que tuvieron en el siglo XX para absorber una fuerza laboral de baja cualificación.



Pedir al proletariado que invierta en cooperativas en medio de este contexto de pobreza es como pedir que haga una talla de madera a quien está tirando muebles al fuego para calentar la casa

Prueba de ello es que la población que trabaja en las cooperativas es relativamente baja. En Araba, Bizkaia y Gipuzkoa, por ejemplo, 58.700 personas trabajaban en cooperativas en 2018. Aunque se trata de un número significativo, hay que tener en cuenta que esto suponía el 6 % de la población empleada en ese momento en los tres territorios; no el 6 % de la masa total de trabajadores, sino de los que tenían empleo^[6]. Si incluyéramos también en

la ecuación a los parados y otros sectores de la clase trabajadora, nos daríamos cuenta de que la proporción de trabajadores que emplean las cooperativas es aún más reducida. También destaca la escasa presencia en las cooperativas del segmento de edad en el que el proletariado está más extendido: en 2020 la proporción de jóvenes que trabajaban en cooperativas apenas llegaba al 1,2 %^[7].

Por otro lado, la Ley de Cooperativas aprobada por el Gobierno Vasco en 2019 permitió que el porcentaje de trabajadores no socios fuera del 30 %, un 5 % más que la normativa anterior^[8]. La medida permite la llamada “flexibilidad laboral” durante la crisis, es decir, ahorrar costes de la fuerza de trabajo. ¿Cómo? Aumentando la proporción de trabajadores no socios con condiciones laborales más precarias. Por otra parte, también se permitió la incorporación de “gestores no socios” en el seno de los directivos, como veremos más adelante, para impulsar lo que ellos denominan “profesionalización de la gestión cooperativa”. En consecuencia, se observa que el acceso de los trabajadores de alto nivel a las cooperativas que se reparten los beneficios en épocas de crisis es cada vez más difícil, mientras que la contratación de trabajadores con peores condiciones de trabajo crece exponencialmente. Los proletarios pueden estar en las cooperativas, pero sólo como invitados y en una posición subordinada.

Para conocer de forma más precisa las entrañas de este circuito económico clasista y la situación actual, hemos hablado con una persona que trabaja en la Corporación Mondragón. En primer lugar, habla de las aportaciones o participaciones, y dice claramente: «Las participaciones, las aportaciones de capital, van subiendo año tras año, igualando el importe inicial. Esto es posible en las cooperativas que funcionan correctamente, es decir, cuando la relación entre los ingresos y el número de cooperativistas a distribuir dividendos es positiva». Sin embargo, recuerda que en 2011 hubo algunas adaptaciones legales para casos en los que las cosas no van bien. Desde que *Fagor Electrodomésticos* entró en concurso de acreedores, si hay pérdidas, no se devolverán las aportaciones o se devolverán por un importe inferior al correspondiente. En la actualidad, personas cercanas a la jubilación en Euskal Herria han trabajado en cooperativas desde los 18 años; por ejemplo, los que en su día ha-



rían una aportación cercana a los 9.000 euros. El entrevistado subraya que en la actualidad aquellas aportaciones pueden costar “300.000 euros o más”. Dado que el plazo máximo de pago es de cinco años, si la cooperativa está en pérdidas y puede aportar pruebas de ello, “la empresa acabará pagando mucho menos”, recuerda el cooperativista. A pesar de la gran cantidad de casos que han llegado a los tribunales, afirma que muchas veces se llega a acuerdos: “A pesar de tener una pérdida relativa, sacar 150.000 euros de una inversión de 9.000 euros no está nada mal”.

Se observa que el acceso de los trabajadores de alto nivel a las cooperativas que se reparten los beneficios en épocas de crisis es cada vez más difícil, mientras que la contratación de trabajadores con peores condiciones de trabajo crece exponencialmente. Los proletarios pueden estar en las cooperativas, pero sólo como invitados y en una posición subordinada

COOPERATIVISMO DE ÉPOCA DE CRISIS

El anterior no es el único cambio que ha supuesto la crisis de la última década en el cooperativismo de Euskal Herria. El miembro de Mondragon ha explicado que tras el caso de Fagor la Corporación Mondragón creó la cooperativa Udalaiz S. Coop., que no tiene sede social y que es utilizada como Empresa de Trabajo Temporal (ETT). «Dicen que lo hicieron como favor a los cooperativistas que se quedaron colgados», apunta. Aunque legalmente parezca extraño, básicamente se trata de una ETT orientada a ubicar a estos trabajadores de cooperativa en cooperativa: “Primero te dejo en esta cooperativa, sigues siendo socio de Udalaiz, pero cobras en otra cooperativa, y si finalmente no eres admitido como socio y te despiden, te llevo a otra y si no, a otra”, nos comenta el cooperativista. Quienes no consigan ser socios de otras cooperativas pueden pasar unos años así; trabajando temporalmente y cobrando el paro cuando no trabajan. Udalaiz, sin embargo, no es cosa del pasado: “En cuanto a los concursos de acreedores, ahora hay un concurso de la matriz de Igorre (Bizkaia) en el que también se está utilizando Udalaiz”, reconoce el miembro.

La Corporación Mondragón cuenta con una especie de bolsa de fondo perdido para salvar a las cooperativas que empiezan a hundirse. En estos casos, el Banco Santander, La Caixa y otros bancos prohíben a la Corporación beneficiarse de estas operaciones. Sin embargo, es evidente que la financiación de este fondo de rescate plantea numerosos problemas en el seno de Mondragón. En los casos de Ulma y Orona se ha constatado que las empresas más rentables del grupo tienen cada vez más desconfianza en destinar parte de sus beneficios a ella. Por su parte, la fuente de la Corporación Mondragón ha asegurado que en las empresas inmersas en concursos de acreedores se aprovechan de “numerosas ingenierías tanto jurídicas como fiscales” para llevar a cabo operaciones carroñeras como el desalojo y venta de inmuebles.

Por otro lado, las cooperativas con capacidad inversora en Investigación y Desarrollo (I+D) gozan de muchas facilidades fiscales por parte del Estado, y lo mismo ocurre si se incorporan a “proyectos sociales y culturales”. A juicio del entrevistado, “en las oficinas se piensa constantemente en estrategias de rentabilidad, llegando a la última línea de la empresa muy poca información”. ¿Hasta qué punto sabe el trabajador cooperativista normal sobre lo que está pasando en su empresa? El miembro lo tiene claro: “Hasta que no están hundidos, uno no es consciente de la situación”.

***Tras el caso de Fagor la
Corporación Mondragón creó la
cooperativa Udalaiz S. Coop.,
que no tiene sede social y que
es utilizada como Empresa
de Trabajo Temporal (ETT)***



FILIALES

En el seno de las cooperativas de éxito hay una gruesa línea que separa el proletariado de la aristocracia obrera: la de las filiales. De hecho, todos ellos tienen filiales que se encuadran dentro de las categorías empresariales S.L o S.A. En realidad, los trabajadores con mejores condiciones laborales, los socios, trabajan en la sociedad matriz, no en las filiales. Como es sabido, la mayoría de las filiales están en Sudamérica, África, China o Europa del Este. En estas áreas geográficas reside todo el sustento económico de las matrices. De no ser por las condiciones laborales que existen en las filiales periféricas, los salarios del trabajador del centro imperialista, los seguros médicos privados, los rendimientos de capital que se generan anualmente para la jubilación, las vacaciones, los coches y otras prebendas caerían como un castillo de naipes.

Pero la función de la división entre filiales y matrices no se reduce a la separación y reproducción de clase. Es también un cortafuegos jurídico y moral: “Da seguridad jurídica. Si un proyecto sale mal, la SL de allí aborta y no afecta a la cooperativa, más allá de los beneficios”, explica el trabajador de Mondragon. Es más, asegura que a través de las filiales también se embarcan en “macroproyectos de alto índice de corrupción y riesgo”. Reconoce que los asesores fiscales de las cooperativas vuelven al País Vasco “con las maletas llenas de billetes”. “Luego se encargan de limpiar ese dinero como sea. Pero ¿cómo lo pasan por las aduanas de los aeropuertos? Eso es un misterio”, ha añadido. Lo que sí tiene claro es que “tanto en este tipo de operaciones como en la compraventa de filiales extranjeras se mueve mucho dinero”.

De la mano de la “profesionalización de las cooperativas” mencionada en la reforma de la Ley de Cooperativas de 2019 se han multiplicado las figuras de “gestores” y “asesores”. El trabajador de Mondragon explica con el ejemplo de Orona en qué consiste, así como su relación con las filiales: «Había un presidente en el Consejo Rector de Orona que ha sido el encargado de impulsar todo el proceso de salida. Pues bien, esa persona ya no es el presidente». Según explica, Orona tiene una SA encargada de hacer los contratos, cuyo dinero va a parar a la cooperativa. A partir de ahí aclara que hay todo un complejo de ingeniería fiscal: “Esa persona es el presidente de esa SA. Este tipo de figuras cobran dividendos porque son capitalistas, pero en las cooperativas aparecen como socios cooperativos, sin trabajar para la cooperativa, sino como asesores”. Para decirlo de otra forma, hay asesores socios cooperativos que trabajan y cobran dividendos del filial.

LA MISERIA ANTIPROLETARIA DEL COOPERATIVISMO

Hoy en día hay cooperativas entre las 181 empresas que explotan a trabajadores en las cárceles del Estado español. La Sociedad Limitada Cooperativa Alecop, filial asociada a Mondragon Lingua, utilizaba en 2017 la fuerza de trabajo de los presos en la producción de cables en la cárcel alavesa de Nanclores de la Oca^[9]. Si se analiza la lista de empresas que tenían convenios con el Ministerio del Interior en 2022, se observa que Alecop mantenía el acuerdo con el Instituto Estatal de Trabajo Penitenciario y Formación para el Empleo (IFOP)[10]. Seguramente, Alecop no será la única cooperativa que ha explotado a los presos, pero como casi todo lo que ocurre dentro de los muros de las cárceles es muy opaco, no podemos decir con certeza cuáles son el resto.

De no ser por las condiciones laborales que existen en las filiales periféricas, los salarios del trabajador del centro imperialista, los seguros médicos privados, los rendimientos de capital que se generan anualmente para la jubilación, las vacaciones, los coches y otras prebendas caerían como un castillo de naipes

Los sindicatos no tienen ningún poder ni sentido en el día a día de las cooperativas, ya que la aristocracia obrera defiende directamente sus intereses, tanto como trabajadores como empresarios, en los órganos de representación de la empresa

De todos modos, aunque las autoridades y la mayoría de los medios de comunicación tratan de cubrirlas, algo sabemos de las condiciones de trabajo en las cárceles del Estado español. En primer lugar, las relaciones laborales en prisión no se regulan por el Estatuto de los Trabajadores, sino por el Real Decreto 782/01. Según este decreto, el trabajo en los centros penitenciarios sería una “relación laboral de carácter especial”, es decir, no garantiza los mismos derechos que los trabajadores normales y deja vía libre a la tiranía burguesa: los salarios se pagan muy por debajo del mínimo legal (entre 200 y 300 euros al mes), no tienen derecho ni a vacaciones, ni a sindicarse, ni a coger bajas por enfermedad, si los despiden no tienen pagas extras ni finiquitos, la empresa no les paga si no hay trabajo, etc. Según los cálculos extraídos por El Salto, en junio de 2022 los presos que trabajaban en talleres de prisiones del Estado español recibían una media de 3,98 euros por hora. Los que acabamos de mencionar serían las “mejores” condiciones laborales de la prisión, ya que las tareas de economatos, cocinas y cafeterías de los centros penitenciarios ni siquiera se pagan, directamente. Por si todo lo anterior fuera poco, estas empresas también reciben subvenciones públicas por explotar a los presos.

DERECHOS POLÍTICOS

En las cooperativas, a diferencia de las prisiones, el derecho a sindicarse está reconocido; o, mejor dicho, no hay prohibición expresa. Y es que en las cooperativas no hay órganos de representación de los trabajadores, es decir, los sindicatos no están organizados en el seno de las cooperativas. “Los trabajadores pueden estar sindicados individualmente pagando las cuotas correspondientes con los derechos que ello conlleva (abogado, etc.), pero dentro de las empresas no hay ningún sindicato”, explica la fuente de Mondragón. En su lugar se encuentran los órganos denominados Consejo Social, que son los que en teoría protegen los intereses de los socios (no de los trabajadores). A fin de cuentas, hay que recordar que el mismo Consejo Social forma parte a la vez de la empresa, y que no representa políticamente los intereses de los trabajadores no socios. Es, por tanto, en este vacío donde el sindicalismo y otras manifestaciones de la lucha obrera se manifiestan en el seno de las cooperativas: donde hay mayores proporciones de trabajadores asalariados por cuenta ajena, en los sectores más proletarizados de la clase obrera cooperativa. Por lo demás, los sindicatos no tienen ningún poder ni sentido en el día a día de las cooperativas, ya que la aristocracia obrera defiende directamente sus intereses, tanto como trabajadores como empresarios, en los órganos de representación de la empresa. El miembro de Mondragón describe en el mismo sentido las delegaciones de los Consejos Sociales: «Históricamente han tenido ese tono socialdemócrata». ●



REFERENCIAS

[1] Cuadernos de Negación, 12. tomo. *Crítica de la autogestión*. 2018.

[2] Ibídem.

[3] GEDAR LANGILE KAZETA. *Espainiako Estatuko hamar familiatik hiruk baino ezin dezakete aurreztu, indarrean den inflazioaren eraginez*. (15 de julio de 2022). gedar.eus.

[4] GEDAR LANGILE KAZETA. *Alokairuaren prezioak maximo historikoetan daude Espainiako Estatuko hiriburu gehienetan* (15 de noviembre de 2022). gedar.eus.

[5] GEDAR LANGILE KAZETA. *Espainiako Estatuko bost biztanletik batek 400 euroko ondarearen baliokidea dauka kontu korrontean* (11 de noviembre de 2022). gedar.eus.

[6] Larrakoetxea, C. *La futura Ley vasca de cooperativas permitirá que haya más trabajadores no socios* (18 de diciembre de 2018). elcorreo.com.

[7] Euskal Autonomia Erkidegoko Administrazioa, Berdintasun, Justizia eta Gizarte Politiketako Saila. *Gazteen Euskal Behatokia* (Koord.) *Euskadiko Gazteak 2020/2021*. Gasteiz, 2022. pág.24

[8] Larrakoetxea, C. *La futura Ley vasca de cooperativas permitirá que haya más trabajadores no socios* (18 de diciembre de 2018). elcorreo.com

[9] Requena, A. *120 empresas emplean a miles de presos sin apenas derechos laborales* (16 de abril de 2017). eldiario.es.

[10] Poloi. *Trabajando por cuatro euros a la hora en la cárcel* (29 de octubre de 2022). elsalto.com.

De cuando los claveles tomaron las calles de Portugal



Kiara Angulo





El siglo XX se caracteriza por ser testigo de una gran cantidad de acontecimientos en pocos años, donde la humanidad pasó de visualizar su liberación como algo próximo a imaginarse que podría quedarse atada eternamente a las cadenas de siempre más apretadas que nunca. Para ser más precisos, en este tiempo, los derechos y libertades generales que se habían dado por garantizados con la estabilización de los sistemas democráticos liberales fueron suprimidos en muchos rincones del mundo. Entre estos acontecimientos se encuentra la Revolución de los Claveles de Portugal en 1974, la cual puso fin a la dictadura más larga del siglo XX en Europa (1926-1974).

EL SIGLO XX Y LAS DICTADURAS

Como he mencionado, el siglo XX fue un siglo convulso, que, desde la perspectiva de hoy, nos sirven para el análisis de lo acontecido. Las dictaduras impuestas en diferentes lugares del mundo son un ejemplo de ello. Dichas dictaduras, dieron la espalda, de la mano de las alas conservadoras que se radicalizaron en el contexto de crisis y guerra, a los avances que con tanto esfuerzo se habían conseguido en los siglos anteriores y que ya parecían incuestionables; y pusieron en duda hasta los derechos humanos más básicos^[1]. En consecuencia, se produjeron diferentes procesos que eran paradójicos en muchos sentidos. El contexto del antagonismo irremediable capitalismo vs comunismo que se estaba desarrollando en los años anteriores trajo consigo la aparición de una alianza antifascista entre estos dos bloques bajo la dirección política de una corriente u otra, según el lugar y las fuerzas políticas existentes. A fin de cuentas, la época revolucionaria para una modernización capitalista o comunista de la sociedad se puso en jaque a causa de movimientos contrarrevolucionarios como el fascismo^[2].

PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LA DICTADURA EN PORTUGAL

Portugal vivió décadas de inestabilidad política. El sistema monárquico constitucional fracasó y se estableció la Primera República de Portugal en 1910. Sin embargo, este régimen parlamentario causó una gran inestabilidad política y social. Más tarde, el 28 de mayo de 1926, se puso fin, mediante un golpe de estado, al régimen que estaba en decadencia, dándole comienzo a la que sería la dictadura más larga de Europa. Este régimen autoritario se divide en dos periodos. En el primero, que va desde 1926 a 1932, fueron las Fuerzas Armadas del Estado quienes tuvieron el control directo sobre el régimen. El segundo periodo se corresponde con la época en la que el régimen tomó la forma de la Segunda República Portuguesa o la República Corporativa, conocido como *Estado Novo* (*Estado Nuevo*), que tuvo como objetivo reparar el desgobierno de los años anteriores. A partir de 1933, al comienzo del segundo periodo, gobernó António de Oliveira Salazar, hasta 1968, cuando fue sustituido por Marcelo Caetano, que perduró en el poder hasta 1974^[3].

El nuevo orden político de Portugal ha sido considerado según historiadores como un «estado orgánico»^[4]. Eran regímenes conservadores que no defendían el orden tradicional como tal, pero que al fin y al cabo se fundaban sobre principios feudales y en contraposición al fuerte movimiento obrero de la época, rechazando el individualismo liberal^[2]. El *Estado Novo* se estabilizó en esta dirección y con temor a las fuerzas revolucionarias que podrían crearse a causa de la crisis social y la inestabilidad política. Salazar fue elegido para dirigir el nuevo estado y fue la figura que condujo Portugal hacia un estado autoritario de carácter fascista^[5]. Su régimen era claramente católico y contaba con el apoyo de la Iglesia; impulsó el nacionalismo radical y políticas anticomunistas, y privó a la ciudadanía de todo tipo de derechos políticos, sociales y laborales, permitiendo la existencia un único sindicato vertical, como ocurría en otros regímenes^[6]. Asimismo, se suprimió cualquier posibilidad para la existencia de una organización política al margen del Estado, y los movimientos organizados en oposición al régimen se vieron obligados a la clandestinidad^[7].



Salazar fue elegido para dirigir el nuevo estado y fue la figura que condujo Portugal hacia un estado autoritario de carácter fascista. Su régimen era claramente católico y contaba con el apoyo de la Iglesia; impulsó el nacionalismo radical y políticas anticomunistas, y privó a la ciudadanía de todo tipo de derechos políticos, sociales y laborales, permitiendo la existencia un único sindicato vertical, como ocurría en otros regímenes

Hacia el año 1958, el mandato de Salazar se encontraba inmerso en una crisis. El dictador tenía cada vez más dificultades para mantener el Imperio portugués: los gastos económicos aumentaban, el inconformismo del pueblo era cada vez mayor, tenía cada vez más problemas para enfrentarse al aislamiento a nivel europeo, etc. Todo esto, junto con la enfermedad que contrajo, condujo a la sustitución de Salazar. De esta manera, en 1968, Marcelo Caetano tomó el poder. Existía cierta esperanza de que Caetano sacaría al régimen de la crisis con sus objetivos de expandir los territorios portugueses, fortalecer las relaciones con los países europeos y mantener sus colonias. Sin embargo, el contexto comenzaba a alterarse. Por un lado, en la cuestión colonial, se agravaron dos factores decisivos: el coste económico insostenible y el descontento de los militares, que eran continuamente obligados a lu-

char en condiciones nefastas en unas guerras que se daban por perdidas. A medida que pasaban los años, esta incapacidad de ponerle fin a la guerra aumentó cada vez más el descontento de los militares e hizo que estos exigieran cada vez más firmemente una solución política a la guerra^[3].

Por otro lado, cabe recalcar la fuerza y la referencialidad que fue desarrollando el bloque antifascista. A pesar de que los movimientos de oposición existieron desde el comienzo del régimen, estos se fueron radicalizando en los últimos años. La oposición radical, formada por diferentes ideologías, obstaculizó la alternativa reformista de Caetano durante el periodo de crisis de Salazar. Sin embargo, a pesar de la influencia social que pudo tener el movimiento, no fue lo suficientemente fuerte para generar cambios en el rumbo del régimen^[7].





Por otro lado, cabe recalcar la fuerza y la referencialidad que fue desarrollando el bloque antifascista. A pesar de que los movimientos de oposición existieron desde el comienzo del régimen, estos se fueron radicalizando en los últimos años. La oposición radical, formada por diferentes ideologías, obstaculizó la alternativa reformista de Caetano durante el periodo de crisis de Salazar



DEL GOLPE DE ESTADO DEL 25 DE ABRIL DE 1974 A LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES

Tras el fin del mandato de Salazar, el descontento social se multiplicaba sin cesar y la toma de poder de Caetano, lejos de proponer una solución, empeoró la situación. Hubo grandes movilizaciones sociales dirigidas por el bloque antifascista, eran cada vez más los que se organizaban en la oposición, y se respondía mediante una dura represión a todo intento de levantarse contra el régimen, creciendo así el odio de los manifestantes. Estas movilizaciones sociales, sin embargo, no resultaron ser suficientes para impulsar un cambio de régimen. A medida que estos movimientos se fortalecían, el enfado de los militares crecía, lo que provocó que se empezaran a organizar clandestinamente contra la guerra colonial^[7].

La organización de los militares fue amplia y diversa. Tanto los capitanes de diferentes niveles como los soldados eran conscientes de la necesidad de cambio, y fueron desarrollando diferentes propuestas para darle salida al problema. En un principio, la mayoría de estas propuestas no implicaban ninguna ruptura con el régimen, ya que principalmente se impulsó una solución política para la guerra colonial.

Así pues, comenzaron a desarrollarse diferentes líneas en función de las posiciones sociales e ideológicas, hasta que en 1961, el intento fallido de golpe de estado resultó en divisiones internas. Dentro de estas divisiones internas, por un lado, se situaron los militares de altos cargos, quienes seguían en contacto con el régimen para salir lo más fuerte posible de la conflictiva situación. Por otro lado, se creó lo que se conoce como el «Movimiento de

los Capitanes», formado por militares de medio rango y soldados. Comenzó siendo un movimiento despolitizado que se movilizaba en contra de la respuesta militar a la guerra colonial, pero pronto empezaron a vislumbrarse las conexiones que guardaba la guerra colonial con el régimen y sus intereses. Así, llegaron a la conclusión de que para acabar con el primero, también era necesario superar el segundo.

La situación del régimen de Caetano era delicada ante unas capas portuguesas cada vez más amplias reclamando el fin del régimen. Además, cabe tomar en consideración que para entonces, el régimen, a diferencia de los años iniciales, ya no gozaba del apoyo de las fuerzas armadas, y saltaba a la vista su incapacidad para hacerle frente a cualquier golpe de estado.

En este recorrido, el año 1973 fue un año decisivo. Se dio la radicalización del movimiento, a raíz del enfado de ciertos oficiales de baja graduación al frente de Guinea. Los insurgentes comenzaron a reunirse muy a menudo, y definieron como objetivo la superación del régimen. Al mismo tiempo, la proclama se extendió entre muchos militares. De este modo, el Movimiento de los Capitanes pasó a ser el Movimiento de las Fuerzas Armadas (Movimento das Forças Armadas, MFA)^[7].

El 24 de abril de 1974, a las 22:55, el MFA mandó la primera señal a las unidades de Lisboa desde la *Rádio Emissores Associados*, diciéndoles que empezaran a prepararse para los siguientes minutos. En concreto, el mensaje enviado era la canción *E depois do Adeus* de Paulo Carvalho. La segunda señal fue enviada tras unos momentos de tensión, pues se había acordado hacer llegar este mensaje entre las 00:20 y las 00:22 horas, pero algunos problemas técnicos del momento impidieron esta precisión tan importante. Una vez resuelto el problema, leyeron en la *Rádio Renascença* una parte de una canción del cantautor Jose Afonso, *Zeca*, titulada *Grândola, Vila Morena*:

*Grândola vila morena
Terra da Fraternidade
O povo é quem mais ordena
Dentro de ti, ó cidade.*

Era una canción prohibida en el régimen, que se asociaba con el movimiento a favor del comunismo. Con ella, se difundió a todo Portugal el mensaje de que empezaría un alzamiento, y se movilizaron todas las unidades (Centro de Documentação 25 de Abril). Unas horas más tarde, a las 03:00, ocuparon la radio televisión de la capital, dejando así al gobierno sin medios de comunicación. A continuación, como primera respuesta, Caetano ordenó actuar a sus tropas, pero no resultó efectivo, pues casi todas las tropas se posicionaron a favor del levantamiento. A las 4:30, los miembros del MFA ocuparon el Cuartel General de Lisboa. Mientras el MFA llevaba a cabo estas acciones, los ciudadanos hicieron oídos sordos a la orden de quedarse en casa, y tomaron las calles, sumándose así al levantamiento. Finalmente, a las 17:30, Caetano acabó por rendirse, y se puso fin a la dictadura más larga de la historia de Europa^[8].

Por otro lado, se creó lo que se conoce como el «Movimiento de los Capitanes», formado por militares de medio rango y soldados. Comenzó siendo un movimiento despolitizado que se movilizaba en contra de la respuesta militar a la guerra colonial, pero pronto empezaron a vislumbrarse las conexiones que guardaba la guerra colonial con el régimen y sus intereses. Así, llegaron a la conclusión de que para acabar con el primero, también era necesario superar el segundo



LA EVOLUCIÓN DEL GOLPE DE ESTADO

El MFA, una vez dado el golpe de estado, distó mucho de ser aquel movimiento despolitizado de sus inicios. Ante esta situación, hubo numerosas respuestas espontáneas por parte de diferentes movimientos políticos. La influencia más relevante fue la del PCP (el Partido Comunista de Portugal), que se esforzó en situar todas estas reacciones espontáneas en una misma dirección. Fue el PCP quien puso por primera vez en jaque la posición de la oligarquía portuguesa que tan inamovible parecía^[7].

En poco tiempo, fueron aprobándose las libertades y derechos políticos fundamentales. El campesinado recuperó las tierras que había perdido y las empresas quedaron bajo el control de las y los trabajadores. Pero, mientras tanto, los partidos que estaban en el poder formaron un gobierno provisional y establecieron otros objetivos, como el proceso de democratización del parlamento y el deseo de reintegrarse con el resto de países de Europa^[7].

Portugal estuvo sometido a una dictadura de largos años, y fueron muchas las reivindicaciones en contra de ella. Una vez superada, floreció la diversidad de ideas, entre las cuales obtuvieron un peso considerable las marxistas, que fueron más allá de la simple celebración del fin de la dictadura y promovieron reivindicaciones a favor de un nuevo modelo de sociedad basado en la igualdad real^[8].

Sin embargo, en la otra cara de la moneda de esta radicalidad, se encontraban los militares conservadores que llevaron a cabo el golpe militar y no estaban satisfechos con la tendencia a la radicalización que presentaba la sociedad. Por ello, y temiendo una posible evolución comunista de la revolución, los militares de derechas dieron un segundo golpe de estado en noviembre de 1975 con el fin de hacer mantener y desarrollar la tendencia hacia la democratización parlamentaria^[8]. En consecuencia, lograron apaciguar el fuerte

movimiento revolucionario que podría crear una revolución rebosante de esperanza, y lograron que Portugal fuera un país más integrado en Europa, tal y como indicaba la lógica capitalista^[7].

CURIOSIDAD: ¿POR QUÉ SON LOS CLAVELES EL SÍMBOLO DE LA REVOLUCIÓN?

Una mujer que vivía en Lisboa, Celeste Caeiro, trabajaba en un restaurante que el 25 de abril de 1974 cumplía su primer aniversario que los dueños hubieran celebrado, si no hubiera sido por el levantamiento de aquel día. Habían comprado flores para la celebración, pero los dueños tuvieron que cancelarla al recibir noticias de los acontecimientos. Entonces, Celeste, con unos claveles rojos y blancos en sus manos, salió a la calle para comprobar lo que sucedía. En el camino, un soldado que participaba en el levantamiento le pidió un cigarro. Ella, al no tener ninguno, le ofreció un clavel rojo en su lugar, que el soldado colocó en su fusil. El resto de soldados repitieron el acto, hasta que Celeste acabó por repartir todos los claveles que llevaba. De este modo, los claveles se convirtieron en el símbolo del día en que se puso fin a la dictadura de Portugal. ●

REFERENCIAS

- [1] Carmona, 2009
- [2] Hobsbawm, 2011
- [3] Sánchez, 1995
- [4] Linz, 1975
- [5] Sanchez, 1997
- [6] Baer, 1992
- [7] Rosas, 2004
- [8] Birmingham, 1995

BIBLIOGRAFÍA

Baer, W.; Leite, A.: *The peripheral economy, its performance in isolation and with integration: The case of Portugal*. University of Wisconsin Press, 1992.

Birmingham, D.: *Historia de Portugal*. Cambridge University Press, 1995, Cambridge.

Carmona, A.: *La transición a la democracia en el sur de Europa. La historia como instrumento para su comparación*. Estudios Internacionales, Universidad de Chile, n. 162, 2009

Centro de Documentação
25 de Abril.

Hobsbawm, E.: *Historia del siglo XX*. Editorial Crítica, 2011

Linz. Juan J.: "Totalitarian and Authoritarian Regimes", Fred J. Greenstein eta Nelson W. Polsby, eds., *Handbook of Political Science*, vol. 3: Macropolitical Theory, Reading, Mass., 1975.

Rosas, F.: *Portugal siglo XX (1890-1976): pensamiento y acción política*. Editorial Regional de Extremadura, 2004, Badajoz.

RTVE: "Celeste Caeiro, mujer cuyos claveles dieron nombre a una revolución".

Sánchez, J.: *Las revoluciones portuguesas y su influencia en la transición española*. Nerea, 1995, Madrid.



Publicación

FEBRERO 2023

EUSKAL HERRIA

**Coordinación,
redacción
y diseño
GEDAR LANGILE
KAZETA**

**Web
GEDAR.EUS**

Redes sociales
TWITTER E
INSTAGRAM
@ARTEKA_GEDAR
FACEBOOK
@ARTEKAGEDAR

**Contacto
HARREMANAK@
GEDAR.EUS**

**Suscripción
GEDAR.EUS/
HARPIDETZA**

**Edición
ZIRRINTA
KOMUNIKAZIO
ELKARTEA
AZPEITIA**

**Deposito legal
SS-01360-2019**

**ISSN
2792-4548**

Licencia


arteka

